CAPÍTULO XI.

Que trata de la gran fiesta que anualmente y el día 25 de Agosto, se celebraba en el antiguo y histórico convento del Sr. San Ginés; de la descripción de este convento, y del choque peligroso que estuvieron a punto de tener el príncipe Ismael y el caballero Garre.

Diez días después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, ó sea el día veinte y cinco de Agosto de 1609, la Iglesia Católica conmemoraba, como al presente conmemora, la gloriosa muerte del santo anacoreta Gines Adelardo de Arlés, conocido en Cartagena por San Ginés de la Xara, cuyo convento se alza aun en nuestros días, en el mismo sitio en que aquel santo varon vivió luengos años después de su destierro de la corte del rey de Francia, su pariente.
En la madrugada de aquel día notábase gran movimiento entre la servidumbre de la casa que Nicolás Garre poseía en su heredad de San Juan, hermoso y extenso edificio cuya arquitectura traía reminiscencias de la dominación goda, y que fue en siglos anteriores monasterio de frailes capuchinos.

Antes de despuntar el día salió de aquella casa una elegante litera soportada por dos corpulentas mulas, en la cual iba Zára acompañada de una dueña sesentona.

El prendido y el traje de la joven, eran seanillos y severos, pero aun así resaltaba en ellos un gusto elegante y selecto.

La litera atravesó los cerros, vallejos y barrancos que forman las estribaciones de Sierra Gorda, y al llegar a una antigua venta que en aquel tiempo se levantaba frente al lugar de los Alumbres, y en cuyos muros se ostentaban dos escudos de piedra pertenecientes al duque de Escalona y al marqués de los Veloz, que compartían el señorío de aquel lugar y de sus minas, salió de aquel edificio y se unió a Zára el hidalgo Nicolás, que allí esperaba acompañado de un escudero y sobre un magnífico caballo cordobés.

Siguió su marcha la cabalgata a través del lugar del Garvanzal, atravesó el Estrecho de San Ginés, y no pasó mucho tiempo sin que parase su marcha frente al convento de este nombre.

Este antiguo edificio que dio nombre a una de las puertas de Cartagena y a la ilustre familia de los Xaras, era en la fecha que historiamos un monumento digno de atención, como lo es la grandiosa figura de su fundador.

Según la tradición, en el siglo IX de la Era cristiana, Ginés Adelardo fue desterrado de la corte de Francia por su pariente el rey Ludovico, por consecuencia de las calumnias que sus cortesanos vertieron contra aquel santo varón. En
su navegación por el Mediterráneo llegó al cabo de Palos, cruzó la Mangua del Estacio, y en el seno que forma el Mar Menor por la parte del Mediodía, cavó una cueva por sus propias manos en la parte media de un montezuelo y se estableció en ella como humildísimo ermitaño. Afirma la tradición católica, que los ángeles ayudaron al santo anacoreta a cavar aquella cueva, y por eso, la capilla que se edificó en ella más tarde y que existe el presente, lleva por nombre «ermita de los Ángeles». Pasaron muchos años desde el establecimiento de Ginés Adelardo en aquella cueva, y su pariente Ludovico, una vez desvanecidas las columnas que dieron lugar a su destierro, lo llamó a su lado, y después de recorrer un largo camino de virtudes murió a una edad muy avanzada en el monasterio de Corveya.

Medio siglo después, unos monges franceses edificaron un convento en el mismo sitio en que el Santo Ginés había pasado tantos años dedicado a una vida ascética y contemplativa, y en una capilla que labraron y que aún existe hoy, depositaron los restos del Santo y le consagraron el culto que la Iglesia dedica a sus varones escogidos.

Trascurrieron los siglos y la dominación musulmana tan calamitada por su intransigencia en materias de fe, respetó los restos de San Ginés, hasta que llegó la reconquista del reino de Murcia en tiempos del rey Sabio, y los nuevos señores restauraron el ruinoso convento y establecieron en él una comunidad de frailes agustinos.

Después, en los últimos años del siglo XV, la piedad de un poderoso magnate, el inclito Don Juan Chacon, enlazado á la ilustre familia de los marqueses de los Velez, siendo adelantado del reino de Murcia, reedificó el convento de una manera suntuosa, y á poco, el mereítísimo Don fray Diego de Arce, obispo de Casano, fundó un hermoso templo que aun
aparece á nuestras miradas en la misma bella forma en que fué construido y alhajado, si bien la incuria del siglo en la conservación de esta clase de monumentos, ha borrado muchos detalles artísticos de notable belleza.

Creemos que no disgustará á nuestros amables lectores, sobre todo, si son cartageneros y por consiguiente amantes de los recuerdos gráficos que ha legado la historia y la tradición de una de las poblaciones más antiguas y más importantes de España; no debe disgustarles, repetimos, el conocer la descripción del notable monumento de que nos ocupamos, que han visitado nuestros antepasados con la piedad y la alegría que aun nosotros sentíamos en nuestra tierna juventud. Tal descripción es la de un contemporáneo de los sucesos de esta historia. Nos referimos al sabio historiador murciano Francisco de Cascales, que en aquel tiempo habitaba en Cartagena subvencionado por el Concejo de la ciudad para enseñar humanidades á sus hijos.

Hé aquí la descripción:

«La fachada de la casa es humilde, y en cierto modo bronca, promete poco, y dá mucho, que si las paredes son (aunque largas, y fuertes) poco levantadas, luego en entrando por la puerta pisamos un patio bien cuadrado, con muchos y espesos naranjos enanos, dispuestos á quarteles, que hacen una hermosa vista. En medio se levanta una basa redonda de ladrillo roxo, donde asienta una columna de marmol, que sustenta al Santo Símeon Estelita, aquel insigne Hermitaño, que sobre una columna hizo penitencia largo tiempo. Al un costado de este patio hay un espacioso, y largo real, con dos fuentes que riegan en el grandes, y copados cinamomos, pinos doncèles, naranjos y morales. Remata en un gran cuarto nuevo, que agora se va acabando, que este, y el un lado del Templo hacen un gracios claustr. A esotro costado corres-
pondiente al real hay otro tanto espacio para caballerizas, hos-
pedería de los que vienen á cumplir sus votos, y novenas, y al
lado derecho una valentísima torre, alcázar, y defensa de to-
da la casa, con muchos esmeriles (I) para los casos urgentes.
Aqui se nos representa la Iglesia, la cosa mas bien dispuesta,
mas bien repartida, mas bien proporcionada, que puede ima-
ginar, y trazar la misma curiosidad. No es Iglesia grande,
pero está llena de grandezas: las paredes de mampostería mar-
lotadas, y enlucidas con blancura tan lustrosa, que admirán,
deleytan, y roban los ojos humanos; cuyo testero tiene el Al-
tar mayor levantado sobre siete gradas, con lindísimos azu-
lejos. El retablo con la figura de San Ginés, tan valiente co-
mo la pudiera pintar el mismo Apeles, repartidos en la cir-
cunferencia del campo ocho quarteles, con otros tantos nila-
gros, y hechos de la Vida del Santo: y á sus lados San Ful-
gencio, Santa Florentina, San Leandro, San Isidoro, y San
Hermenegildo su sobrino, y mas arriba dos quadros del Sal-
vador, y la Virgen, con Angeles que los sustentan, perfecti-
sima pintura del insigne Español Barroso. Encima un balcón
salidizo, que en su convexo tiene, muchos Angeles con varios
instrumentos, cítaras, laudes, libretes, y realejos, y en la
cumbre representada la gloria de Dios, Angeles, y Santos, y
alpie de ella un pequeño Altar, que sobre sí tiene dibujado el
Santísimo Sacramento, con muchos Santos Padres de la
Iglesia. A las espaldas de este Altar está la Capilla del San-
tísimo Sacramento, con un excelentísimo Sagrario, embu-
tido de Reliquias, y pequeñas láminas, oculta, y guardada
de cualquier injuria que se pueda temer, asi de Moros, como
de hereges cesarios, y en ella está un verdadero mapa de la

(I) Pieza de artillería poco mayor que el falconete.
Gloria, donde hay mas de quarenta quadros, todos de bellísima pintura, con muchas empresas con sus letras yá Latinas, yá Españolas, á propósito de la Divina Eucharistia; y entre los espacios de quadro y quadro deleytosos follages, todo pintado á fuerza de subtil ingenio, y arte: En los remates bajos de las gradas hay dos puertas con dos escaleras de piedra, por donde se baxa al Sepulcro del Santo, la principal devocion de esta Casa, con un Altar encima de él, donde se dice misa, adornado todo en contorno de quadros, que mueven á santos, y piadosos pensamientos. Tras las Capillas colaterales del Altar mayor se siguen otras seis, tres á cada lado, tan admirables, que despues de haberlas considerado muchas veces, siempre queda el alma deseosa de verlas muchas mas, y de nuevo se hallan cosas nuevas que contemplar. En fin, es esta Iglésia un pedazo do cielo, un pasmo del primor humano, y una recopilacion de todos los géneros de sanidad. Pues la Sacristia no es maravillosa, y tan santa, que es un Santuario? no me dirá que me alargo cualquiera que venga á verlo. Tiene esta Casa un huerto, que es de los mas insignes de España. Concurren en su principio dos copiosas fuentes, que llenan una grande alberca: de aqui salen regueras guiadas por diversos caminos á todas las partes de él, con que se baña muy ameudo la opima tierra, y se engendra la inmensa fertilidad de árboles, yervas, y flores. Si admira la abundancia de las plantas, la orden y disposicion de todo pasa el entendimiento, ayuda, y engrandece el deleyto, que la vista busca, y afecta. Aquí hay calles de naranjos, limones, limas, zimboas, ponciles, con su flor fragantísimos, sin ella hermosísimos, siempre verdes, siempre amenes; parrales, que con sus ojosos pàmanos deleytan, con sus
agraces, y maduras hubas son irritamento del gusto: árboles frutales, granados, servales, perales, manzanos, higuera, muchos, y de muy buena fruta: almendros, que floridos prometen el buen año de todas las cosechas: olivos, que nos dan el aceite, principal mantenimiento de la vida humana: sabios morales, vencedores laureles, verdes arrayanes, idumeas palmas, altísimos pinos donceles preñados de su dura fruta, encumbrados cipreses imitadores de las pirámides Egipcias, ó metas Romanas, gloriosos cinamomos, y raros terebintos, carrascas llenas del alimento primitivo, que la ingeniosa Ceres trocó en menudo trigo, lentiscos humildes, y olorosos sabucos, y entre ellos diversas flores por los márgenes sembradas, deleitando con su verdura, y enamorando con sus olores, y los altos árboles, que sobre los pequeños se levantan, parecen otro segundo jardín pendiente en el ayre como el artifioso sepulcro de Mausolo. Ya tiene la vista lo que le basta, vamos corriendo los Oratorios, que para contemplacion del alma están labrados á espacios equidistantes, con orden maravillosa, y copioso fruto de los piadosos devotos. El fundamento intencional de los Oratorios de este huerto, es tratar de los quince Mysterios del Rosario de la Virgen...»

Entre las cuarenta y cuatro composiciones poéticas que hay sobre los oratorios, ó sean sonetos, estancias, madrigales y décimas, que omitimos por no hacer interminable esta descripción, no podemos resistirnos á insertar la siguiente décima, que figura sobre la capilla de los Angeles, llena de unción, armonía, nobleza y sencillez.—Van á juzgar nuestros lectores:

Santo Adelardo Ginés;
No os parezca cosa extraña
Que abrace y reciba España,
LUIS DE NARVAEZ.

Un Frances, tan buen Frances: Honor nuestro, y logro es, Daros sin límite, y tasa, El monte, y campaña rasa; Y qué mucho que en su arena Os dé solar Cartagena Dandoos los Angeles Casa?

Y sigue Francisco de Cascales:

«Acabadas nuestras Estaciones, que son mantenimiento del alma, no será cosa fuera de razón emplear la vista en lo más notable que abraza el espacioso término de la Casa de San Adelardo Ginés. Poniendo pues los ojos entre levante, y medio día, se levanta un cerro que llaman el Atalayon de las fuentes; donde muchas veces suelen acostar Moros, y hacer aguada, y correr el rincon de San Ginés. Entrándonos por el levante está Cabo de Palos, donde hay una fuerte torre con Alcaide, y Soldados de guardia, felice estancia por haber desembarcado en ella nuestro Santo. De aquí se sigue dentro de la mar una cinta (así se llama) (I) no solo admirable, pero prodigiosa. Comienza desde tierra por junto a Cabo de Palos, y va corriendo álcalia el Norte, espacio de cinco leguas hasta el Pinatar, término de Murcia, por donde bueve a abrazar la tierra. Tiene de latitud por lo menos ancho una milla, comúnmente media, y por lo mas estrecho trescientos pasos. Divide el mar, y la parte menor de él hasta la costa, tendrá dos leguas. Hay en esta cinta, primeramente una caleta al pié de una sierra, donde suelen, y pueden abrigarse dos galeotas. Enfrente de ella en la mar

(I) No obstante lo que afirma Cascales, desde muy remotos tiempos esta cinta se llamó, y se llama actualmente, "Manga."
menor, están la Isla de los Ciervos, y otra no lejos, que llaman la Redondela, y más abajo la Isla de los Conejos, y luego la Isla Perdiguera. Prosiguiendo adelante damos en la torre del Estacio.....Aquí tiene la Ciudad de Murcia un Alcaide y gente de guardia para su defensa. A otra parte de la torre en la mar mayor parece la Isla Grosa, ladronera de cosarios.....y aquí (en la Encañizada) se parte esta cordillera (Cinta o Gola) cosa de cien pasos, gola por donde entran aguas del mar mayor al menor.....Ultimamente se acaba esta cinta en la torre del Pinatar, que mira á la Tramontana.

«La costa adentro de la tierra es una vega ferialísima, con muchas casas, y torres fuertes,.....pasan de mil, todo tierra de labor, con grandes cosechas de trigo, cebada, y barrilla: y en distintos espacios muchas viñas que dan el mejor vino de este Reyno, interpolados árboles frutales, que quien lo contempla desde la sierra, es una admirable, y aménísima vista. No quiero singularizarla todo, por decir, y con verdad, que estos montes son montes de plata, un tiempo Potosí de los Romanos, como se sabe de Polívio, y otros Historiadores; y hoy nos lo testifican los Escorialés, que en diversas partes de este campo yacen, demás que tiene aquí el curioso, o por mejor decir el codicioso, cuevas de piedras preciosas, como es la de Don Juan Manuel, y otras, á cuyo pie está Porman, puertito en que se pueden recoger más de doscientos navíos, y por eso le llamaron los Latinos Portus magnus, y nosotros corruptamente Porman: pero queda impedida la entrada á este puerto con una torre y guardias, que en él tiene la Cidad de Cartagena.

«Este pues es el sitio, la casa, el huerto, los oratorios, las hermitas, los mares, las islas, los montes, la vega de nuestro Santo Adelardo Ginés.....»

Terminada la relación que precede, anudemos el hilo de nuestra interrumpida historia.
Después de los sucesos que tuvieron lugar en la isla Redondela residía Zara en la heredad de San Juan. Su hermano Nicolás, al visitarla diariamente, enjugaba sus lágrimas con una piedad y un cariño verdaderamente franqueles. ¿Qué le importaba la calumnia si cumplía religiosamente la promesa que hizo á su padre en su lecho de muerte? Una cosa le hacía sufrir sobre todo: los temores que abrigaba por el porvenir de su pobre hermana.

Tal era la disposición de ánimo en que se encontraba el noble caballero.

En cuanto á Zara tendremos necesidad de analizar sus sentimientos, que en tropel y en revuelto torbellino, trabajaban rudamente su corazón y tenían á su espíritu en un constante desvío.

El gran pesar que sentía por haber amado á su hermano con la locura de un amor profundo, persistente y avasallador la hacía muy desgraciada. Los remordimientos habían hecho presa en aquel alma candorosa y virginal, no dejando tranquilo su espíritu un solo instante y llevando á su alma el desasiego, y, lo que aun es peor, un terror invencible: como que se creía maldita por el cielo por haber abrigado el sentimiento de un amor inconstante y por lo tanto criminal.

Su instinto, ¿qué decimos?, su temperamento, su estado fisiológico, tal vez su idiosincrasia más bien que su razón, habían incitado en su alma un deseó, una idea en su espíritu, un sentimiento en su corazón cuya tendencia era salvadora: el amar á otro hombre con el amor que puede dedicar una doncella honrada á un hombre digno de su confianza.

Tal aspiración tendía á salvarla de peligrosísimas reminiscencias tan deleitosas cuanto culpables. Había amado á su hermano con una pasión extraordinaria, delirante, infinita, y
el solo recuerdo de aquel amor la espantaba hasta volverla loca de terror.

¿Podría la soledad del claustro curarla de tan punzantes cuanto temibles y peligrosos recuerdos?

No en verdad: Zára había hecho sus pruebas en el retiro en que vivía; se entregó a la oración, se impuso penitencias y flujelaciones, mas apesar de su ascetismo que consiguió calmar un tanto la fiebre de su sangre, permaneció ésta latente y excitó mas y mas su espíritu, sintiendo herida el alma por la tenacidad del recuerdo tan desesperante cuanto ineludible.

Zára miró á su derredor con incansable afán, pero sin conseguir que se ofreciera á su imaginacion ni á las miradas de su alma, un hombre digno de su confianza.

¿Qué ser honrado querria enlazar su suerte á la de una mujer manchada en su reputacion por la asquerosa baba de la culumnia, al cual, si habia de guardar el juramento hecho á su hermano, tendría que reservarle el secreto de su origen, único medio de atraerse su amor y su respeto?

Un día se evocó á su imaginacion de una manera enérgica, la figura del hombre que la amaba con un amor sin límites: la imagen de Narvaez.

«Quizá Luis,—se dijo la infeliz doncella,—arrastrado por su pasión en nada repare, con todo transija y se crea feliz si le concedo los favores de una correspondencia tardía, y como tal sospechosa para otro que como él no esté privado de una razón libre de apasionamiento.»

Zára, cediendo al agradecimiento y para complacer á su noble protectora Doña Juana de Alarcon, había cedido á las sugestiones de ésta señora, y sin hacerse gran violencia logró asunder la amistad que profesaba á su antiguo compañero de esclavitud, á la categoría de una inclinacion, si tranquila y
excita de apasionamiento, dulce y afectuosa. Libre estaba su alma y pudo encaminarla á donde la voluntad y la gratitud la aconsejaban de consumo. Pero al presente había variado por completo el curso de sus ideas. Su reputación estaba manchada por la calumnia que sostenían fatales apariencias, y ella, que ante todo era honrada, no podía ofrecer su mano y menos su corazón, á un hombre á quien no pudiera acreditar su inocencia, siquiera este hombre, en su ceguedad, consintiera en recibirla maculada. Por otra parte Luis de Narvaez había atentado á la vida de su hermano valiéndose de los medios mas indignos y cobardes: los de comprar el brazo de un asesino, y nunca la pasión, ni aun el vértigo que producen los celos, pueden justificar tal atentado; solo podría explicarlo la locura.

¿Qué garantías de felicidad podría ofrecerle un hombre que apelaba á estos medios para conquistar su corazón, el corazón de una mujer que aparecía á sus ojos deshonrada? Sólo un apetito ciego y brutal podría guiarle en su desgracia.

Tales fueron las ideas que el recuerdo de Narvaez despertó en el espíritu de Zara.

Su situación era muy triste.

En su aislamiento, en sus insomnios, el llanto era su amigo mas querido. Únicamente cuando recibía la visita de su hermano, se abría un paréntesis á su dolor infinito; pero en cambio, otro sufrimiento no menos punzante la aturdía sumiendo en los tormentos de que á toda costa se empeñaba en huir. Cuando oía las dulces, las fraternales palabras de Nicolás llenas de interés y de ternura; cuando cruzaba su mirada con la mirada del hidalgo, si leal y honrada, de una fuerza magnética irresistible; mirada que un día la hizo languidecer bajo su influjo poderoso y apasionado, un
terror pánico suspendía los latidos de su corazón extremado y caía en un estado de desaliento y profundísima tristeza. No era poderosa á dominarse enteramente; y esta debilidad la llenaba de terror.

Entre tanto, Nicolás que amaba á Zara con el amor más puro, experimentaba un profundísimo pesar al contemplarla desgraciada.

El desdichado hidalgo que sentía sobre sí el gran dolor de ver á su esposa agitarse en la demencia, que se veía calumniaido y despreciado sin merecerlo ciertamente, antes bien debía tal infortunio al respeto religioso que le merecía el honor y la voluntad de un padre moribundo; que sentía diariamente el desdén y los deseos más insultantes de parte de personas que no podían compararse á él en talento, nobleza ni virtudes; al sentir todos estos pesares que solo una voluntad de hierro y una virtud de mártir le permitían soportar, iba á ver á su hermana, y en sus cariñosos brazos y mezclando sus lágrimas, llegaba á encontrar un consuelo que en todas partes le era negado: pues si Zara había sido inocentemente y á su pesar, la daga que había causado su hondo y herida, era al mismo tiempo el bálsamo que le curaba sus dolores con sus dulces caricias y sus fraternales consuelos.

Volvamos á los hechos:

Cuando Zara fué apresada por los piratas en la Redonda, en medio de su angustia elevó su alma á Dios pidiéndole su ayuda; y recordando los prodigios que san Ginés había hecho en favor de las desdichadas víctimas de los corsarios berberiscos, le pidió fervorosamente una eficaz intervención en su favor cerca del Dios Clemente y Misericordioso, á quien se encomendó con toda la fe de su alma: entonces hizo un voto; ofreció al Santo amarreto ir en re-
mería á la capilla de los Ángeles el día en que la Iglesia conmemora su muerte, para depositar en ella cuatro cirios y una limosna para el sostenimiento de su culto si la libraba de aquel pavoroso conflicto.

Algo inconveniente era el cumplimiento de aquel voto, que después de los sucesos que conocemos se habían hecho públicos en Cartagena y en los campos, pues que á la fiesta referida concurría mucha gente de todo el país, y ella y Nicolás Garre, sobre todo éste, eran muy conocidos.

Todo lo menos que podía suceder era que ambos tuviesen que bajar la frente ante la burla, el desdén y el desprecio de la multitud.

Ante tal riesgo flaqueó Nicolás Garre, y por lo tanto intentó disuadir á su hermana de su empeño, aconsejándola como más conveniente que disfririera un año el cumplimiento de aquel voto; pero Zára que tenía fijado aquel plazo en su conciencia, y que creyó que su debilidad ante la amenaza de una mortificación más sería faltar á Dios, insistió ante su hermano, y este que la amaba verdaderamente no quiso contrariarla y decidió la romería, no permitiendo que fuera sola, antes se empeñó en acompañarla para protegerla en caso de necesidad.

Convinieron, no obstante, en salir de San Juan de madrugada para cumplir su voto antes que la concurrencia al convento fuese muy numerosa.

Y así lo hicieron en efecto. Ya habrán visto los lectores en el comienzo del presente capítulo, que Zára había salido de su residencia de San Juan antes de apuntar el día y cómo a las cinco y media de la mañana se reunió á su hermano que la esperaba á caballo en la venta de Escalona, frente al lugar de los Alumbres, llegando la cabalgata al convento del Santo cuando empezaban á llegar los moriscos que esta-
bloquearon sus puestos, cuando apenas se movían los campesinos del contorno.

Fácil les fue cumplir su voto por cuanto nada les estorbaba para ello; sólo que la piedad de Zara la hizo olvidarlo todo, extasiada en sus oraciones á la Virgen en la capilla de los Angeles á la que había subido con los pies desnudos, y después en su adoración al Sepulcro del Santo tras del altar mayor, por lo cual se hizo mas tarde que hubiesen deseado los hermanos.

Habían dado las ocho cuando salieron del convento para regresar á la alquería de San Juan.

A poco, un escuadrón de hidalgos que seguía su camino hacia el convento, se ofreció á las miradas de los dos romeros á través de una nube blanquecina que levantaban los herrados cascos de sus cabalgaduras.

Cuando se hallaban á trescientos pasos del escuadrón, Nicolás Garro que se sintió contrariado por aquel encuentro, y que temía otros sucesivos tan desagradables como él, dio órden al mulero para que, saliendo de la vereda real, se dirigiera por los atajos de la sierra lejos de las miradas de la multitud de romeros que empezaban á poblar el camino.

Apercibida Zara de aquella disposición de su hermano asomó la cabeza por la portezuela; y después de fijar una mirada atenta en los hidalgos que llegaban, repitió al mulero la órden de Nicolás con tan extraña precipitación y tan premiosa voz, que chocó á aquel hasta el punto de hacer parar el vehículo y preguntar con interés:

—¿Qué tienes, Zara?; en qué consiste tu deseo?

—Mira, mira,—contestóle la joven señalando con nerviosa mano á los hidalgos.

—No acierto á comprender...—volvió á decir Nicolás cada vez mas confuso.
—¿No ves al árabe?—dijo Zára temblando.—Debe ser...
—¿Luis de Narváez?
—Sí.
Hubo un momento de silencio y de honda preocupación entre ambos hermanos, que se tradujo en una intensa pálido en el semblante de la joven y en una mirada centellante en Nicolás.
Llegó por fin el escuadrón y en su rauda carrera se dividió por mitad para franquear la cabalgata.
Nicolás, caballero en su brioso palfren, marchaba junto al estribo de la litera.
Al cruzarse con él los caballeros se enardecían su caballo, y rebelde al freno que Nicolás oprimía, trató de mezclarse a los caballos del escuadrón.
Trabajo y mucho costó a Garre lograr que su caballo no saliera del punto que ocupaba, que se empeñó en conservar a toda costa.
Entre tanto, y mientras refrescaba al bruto con poderosa mano, cruzó á su lado como una exhalación y rozando sus ropas con el blanco alquicel que hacía flotar el viento en su carrera, el príncipe Ismael á quien conocen los lectores.
Al cruzar por su lado vertió en su oído y en voz queda, estas palabras insultantes:
—Sois un menguado, un libertino, un hombre sin vergüenza.
—¡Ah!...—gritó Nicolás cual si daga traidora le hubiese traspasado el corazón.
Y clavando al caballo las espuelas hastarasgarle el vientre, corrió tras Ismael que seguía su carrera en compañía de los demás hidalgos.
—¡Miserable!—gritaba,—¿eso habéis dicho y escapais? Esperad, esperad.
Mientras Nicolás Garre estas frases vertía con un acento arrebatar y ronco, se alejaba Narvaez cuyo caballo obedecía; pero el que montaba Nicolás, al sentirse castigado de una manera inusitada, enloquecido de furor partió como una bala en una dirección opuesta; y Nicolás que sentía arder su sangre y cuya ira cegaba su razón, lejos de conocer que el medio de aplacar a su espantado potro era el halago y la blandura en lugar del castigo que empleaba, seguía estremendo éste tras de hacerlo volver al sitio a donde le llamaba su venganza; hasta que el noble bruto en su ciego furor, partió hacia el monte dando botes con una rapidez vertiginosa sin reparar en zanjas ni en peñascos.

Y el caballero, gritando como un loco, hacia esfuerzos titánicos para lograr que el bruto se volviera hacia el convento; y en su furor gritaba: —¡Guay del moro menguado!— Y su voz se perdió con la distancia, y su figura varonil y hermosa desapareció bien pronto tras de los accidentes del terreno a las miradas de su hermana, que anhelante y febril gritó al mulero:

—¡Corre, vuelta; sigamos al hidalgo.
CAPÍTULO XII.

En que se da cuenta del objeto que condujo á Luis de Narvaez á Cartagena, y de la al parecer escandalosa conducta de la ex-esclava Zára.

Después de los sucesos que tuvieron lugar en Redondela, Doña Juana Ruiz no pudo dudar ya de lo que hasta aquel momento fueron sospechas solamente.

Bajo el influjo del despecho, aquella ilustre dama dirigió al joven árabe una extensa reseña de todos los sucesos de que ella misma fué testigo, y concluyó por excitarle á que mirase con desprecio á la mujer que así arrastraba su decoro por el inmundo cieno de una procáz degradación.

En tanto que la carta de la dama llegaba á manos de Narvaez, este aguardaba lleno de impaciencia á que le desparcharan en la Corte, en la que entretenidos con las fiestas con que el duque de Lerma solazaba al monarca, en todo se pensaba menos en lo que convenía al Estado.
Luis De Narvaez.

Sobrado tiempo trascurriéndose desde que aquel valido omnipotente había hecho la promesa más solemne de la salida de Mallorca de las armas, dinero, soldados, munición y otros varios recursos que entre ambos soberanos estaba convenido un año hacia, para auxiliar á El-Kouk en su rudísima campaña contra los turcos argelinos; pero pasaba el tiempo sin que aquella promesa se cumpliera, y ya Luis de Narvaez estaba á punto de entablár una reclamación energica y de fijar un plazo improrrogable, cuando llegó á sus manos aquella tan terrible carta, la cual, después de dirigida, pasaba á Doña Juana haber escrito.

Desesperado por tan tremenda decepción, el maltrado Narvaez corrió á ver al ministro universal á fin de dar por terminados sus poderes y demandar sus pasaportes; y como aquel magnate se negó á recibirle, dejó una nota escrita en su despacho en la cual expresaba su propósito, y se fué á su posada firmemente resuelto á abandonar la Corte al dia siguiente.

Pocas horas pasaron sin recibir sus pasaportes.

En el siguiente día, con el odio en el alma y el corazón atosigado, abandonó el caballo al posadero y tomando la posta emprendió su camino con dirección á Cartagena.

Durante su viaje le sostenía la fiebre, y en su loca impaciencia por llegar reventaba caballos sin reparar en pro- digar su hacienda. ¿Qué le importaba el oro! Soñaba en provocar á Garre para verter su sangre ó morir á sus manos; que al fin la vida sin el amor del ser que idolatraba era para el cuitado la mas terrible de las pesadumbres.

En el momento de llegar su primera visita fué para Doña Juana da Alarcon, que estaba en Cartagena en union de su esposo que hacía poco llegaría con las galeras de Fajardo.
El feliz matrimonio se hallaba de posada en la casa-solar de Bienvengud. A esta acudió Narvaez y en ella fue hospedado por sus dueños con la atención que merecía su cuna, siendo atendido por aquellos con un cariño fraternal y lleno de solicitud, con el cual procuraron los esposos, en su agradecimiento, calmar en lo posible el cruel dolor de su profunda herida.

Luis de Narvaez no tenía tiempo que perder; al expedirle el pasaporte por orden del ministro universal, se hizo constar en él una conminatoria prescripción para que se embarcara en Cartagena con la primera escuadra que se diera a la vela para Orán, y según los informes que le dieron debía hacerse a la mar con aquel rumbo en la misma semana, una escuadilla de galeras.

En la tarde del día de su llegada, Luis de Narvaez celebró una entrevista con Don Juan Ruíz, y en consecuencia de ella, en las primeras horas de la noche fue el capitán a visitar á Garre para retarle en desafío en nombre de su apadrinado; mas no encontró en su casa al caballero y por conducto de un sirviente un tanto interesado y mas que esto indiscreto, á quien gratificó para que hablara, supo Don Juan que Garre debía dormir aquella noche en su casa del pago de San Juan, de la que debería salir de madrugada acompañando á Zára, para cumplir una promesa en San Ginés.

Pocos años hacia que mediante una cédula real se había otorgado á Cartagena el privilegio de una feria. Esta se celebraba en San Ginés, junto al mismo convento de este Santo.

Era muy concurrida aquella feria, no solo por las gentes del país sino también de Murcia y de otros pueblos.

Los judíos, los moriscos y algunos extranjeros, aca-
paraban el comercio que los cartageneros desdénaban, sobre todo los ricos ciudadanos que lo creían incompatible con las sanas doctrinas del honor.

La antes citada gentecilla concurría á aquella feria y exponía muy solicita sus tentadoras mercancías, que consistían principalmente en ricos paños de Segovia, lienzos alemanescos y gallegos, estofas granadinas y murcianas, ricas y bien templadas armas vizcaínas, bonitos abalorios, tumbagas, arracadas y preciosos juguetes italianos, con lo cual, si quedaban escuetos los bolsillos resultaban en cambio satisfechos los agraciados en aquel mercado, que ofrecía un gran surtido para todos los gustos y canales.

El ilustre Concejo de la ciudad de Cartagena abría la feria cada año con la mayor solemnidad, asistiendo al convento con su alférez mayor a la cabeza portador del pependón de la ciudad, á cuya noble enseña precedían clarineros y claveros.

Los caballeros de las órdenes y la corporación de hidalgos acompañaban al Ayuntamiento, y cerraba la marcha de tan lucida comitiva, una escolta de honor compuesta de senda compañía de arcabuceros milicianos con su hermosa bandera desplegada, en la cual se ostentaban las armas de su capitán, según la antigua usanza de Castilla.

Después de celebrarse los oficios tenía lugar una comida, á la cual asistían: el Alcalde mayor, los regidores, los jurados ó sindícios y los ilustres miembros de las órdenes.

Cuando el sol empezaba á descender, en un gran palenque contiguo al monasterio, comenzaba la lidia de los toros.

Caballeros en plaza de la nobleza del país, estaban destinados á la lidia. Era la entrada libre para todos, si bien las clases superiores tenían el privilegio de colocarse en los mejores sitios, que previamente estaban señalados.
En cuanto á los plebeyos, que eran mirados con desdén por la nobleza y el estado llano, se acomodaban buenamen-
te en los anchos tendidos de la Tela amontonándose en
tropel.

Don Nicolás de Bienvengud había sido nombrado por el
Regimiento, cabo de los hidalgos lidiadores en la función de
toros, de justas y torneos, que debía celebrarse el día de San
Ginés, en el cual Garre acompañó á su hermana para cumplir
el voto que ésta hiciera.

Luego que el capitán Ruiz supo que Nicolás debía mar-
char á San Ginés, para dar cumplimiento á la encomienda que
recibiera de Narvaez, suplicó á Bienvengud que le asociara
á la cuadrilla, en compañía del joven africano, lo cual le fué
otorgado desde luego.

Luis de Narvaez se dio por muy contento de merecer
aquella distinción honrosa, que le ponía en el caso de provo-
car á su rival.

Llegó por fin la designada hora, y en cerrado escuadron
salieron los hidalgos lidiadores por el portal de San Ginés.

Ya han visto los benévolos lectores cómo llegaron cer-
ca del convento, y cómo el joven árabe figuraba entre ellos,
haciéndose notar por el blanco alquicel que le cubría.

Entre aquellos hidalgos que eran la flor y nata de la no-
bleza del país, era Luis de Narvaez considerado y distingui-
do, pues que veían en él al más noble y cumplido caballero,
si antes esclavo por un triste revers de la fortuna, convertido al
presente en poderoso emir y embajador de un rey con quien es-
taba emparentado.

También recordará el lector la muy viva impresión que
la presencia de Narvaez causara en Zara y en su her-
mano.

En cuanto al joven árabe, palideció de ira al ver á Nico-
lás que cabalgaba junto a la litera, obsequioso y galante; y al descubrir el rostro de la joven a través de los velos del vehículo, se sintió enloquecido por los celos.

Entonces el mancebo, obediente al instinto y siguiendo el impulso de su odio, fue a sacar el falangue para lanzarse sobre Nicolás y obligarle a un combate encarnizado, cuando Don Juan Ruiz que no perdía de vista ni un instante ninguno de sus movimientos, con una vigorosa entonación le dijo:

—Teneos; no ha llegado aun la hora.

Pero el impulso estaba dado

Salió Narvaez corriendo y tras él galoparon los hidalgos.

El capitán Ruiz trató de interponerse entre Narvaez y Nicolás, mas no pudiendo conseguirlo se limitó a decir a aquel:

—Guardáos de traspasar las leyes del honor; provocadle en voz baja si quereis, pero cuidado con herirle.

Entonces obedeciendo aquella voz, pasó Narvaez rozando á Nicolás y le lanzó este apóstrofe cruel:

—Sois un menguado, un libertino....

Digámos en el capítulo anterior, que ardiendo en ira Nicolás se lanzó tras el árabe para darle respuesta con su espada, pero el fogoso bruto al sentir las espuelas sacudió la cabeza fieramente y se lanzó á la sierra. Entonces Nicolás, ansiando castigar al atrevido que le había apostrofado de aquel modo, quiso obligar al potro á volver al camino que dejara, pero este, enloquecido de furor al sentir el castigo, dió un salto de costado y arrojó al caballero de la silla partiendo como un dardo por el monte.

La infeliz Zara que desde la litera alcanzó á ver esta catástrofe, saltó veloz de aquella y abalanzóse al cuerpo de su hermano que yacía entre las peñas sin sentido.
Sus gritos, sus lamentos, sus abundantes lágrimas no pudieron lograr que volviera á la vida Nicolás.

Se agolpó mucha gente de la que dirigia su marcha á San Ginés, y rodearon á Zára y á su hermano.

Aquellas buenas gentes que creyeron difunto al caballe- ro, se guardaron muy bien de levantar al muerto y de auxi- liar á Zára temiendo á la justicia. Limitaron su accion á lamentarse de la horrible desgracia del hidalgo y á apostro- far á Zára de la manera mas cruel.

A poco la justicia, que dirigia su marcha á San Ginés, llegó al sitio fatal de la catástrofe.

Si grande fué el escándalo que ante la buena sociedad de Cartagena se dió en la Redondela, á causa del suceso que allí tuvo lugar y que conocen los lectores, lo sucedido ahora en medio de un camino, ante una multitud de diferentes condiciones y del Concejo en masa con su alcalde mayor á la cabeza, que era á la vez teniente de corregidor y como tal, llamado en primer término á velar cuidadoso por la moralidad de las costumbres, como comprenderá el lector; este infamdo suceso causó un inmenso escándalo, mucho ma- yor que aquel que concitó el desprecio de las gentes contra aquella mujer hi poco esclava, que á la sazón se presentaba procía, desvergonzada e insultante y abrazada á un hí- dalgo moribundo, á quien habian hechizado causando su des- gracia y la de su familia toda entera.

El Alcalde mayor Juan de Tudela, con faz severa y osca voz, mandó á sus ministros que colocalan al hidalgo en la litera de la joven para ser trasladado á la ciudad.

El grave magistrado que era severo por demás y que no transigía con las costumbres licenciosas, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no dar con Zára en la prisión. Por lo demás la desdénó completamente, no cuidándose de ella
para nada, por más que la dejaba abandonada en medio de un camino, expuesta a los insultos más groseros y obligada á ir á pie, ella, tan delicada, tan llena de aflicción y de amargura.

Siguió tras la litera la cuitada, y al llegar á la casa de su hermano que aun estaba privado de sentido, se vió arrojada del portal en el que había tomado asiento por no poder permanecer en pie.

Cuando llevaron al hidalgo al lecho, la pobre Doña Juana en su locura, se aproximó á su esposo, y sin conciencia del peligro de éste, dirigía sonrisas expresivas y entonaba una risa cadenciosa, cual si arrullara á un niño, y se empeñaba en imponer silencio á cuantos allí había para que no le despertaran, mientras ella cantaba á media voz con acento monótono:

—Callad todos, callad....Es mi esposo y señor....quien tan tranquilo duerme con el sueño inocente de los ángeles.... Lo tengo aquí, ámilado....y para siempre es mío....Callad todos, callad....para que no despierte....y no vaya á buscar á la cámara....que lo tiene hechizado....con sus infames sortilegios.... Callad todos, callad....

Pero el hidalgo abrió los ojos, y al contemplársele rodeado de sus amigos y sus deudos, que con sus atenciones cariñosas le impedían abismarse en sus dolores que ansiaba devorar en el silencio, se empeñó en persuadirles de que se hallaba bien de sus heridas, en cuya consecuencia, y del consejo de Perona que no le abandonó un momento, consiguió ver cumplidos sus deseos y se quedó tranquilo en una bienhechora soledad.

Ya era tiempo, en efecto, de que así sucediera.

Apenas se vió solo Nicolás un torrente de lágrimas amargas se escapó de sus ojos: pensaba en su infeliz hermana.
Al ser esta lanzada de la morada de su hermano de una manera ignominiosa, ocupó su litera y se hizo conducir hacia San Juan, no sin que los pilluelos y las comadres de la vecindad del barrio de los Pescadores, que curiosas bajaron a la plaza desde la puerta de la Villa y se habían enterado del suceso, dándole proporciones sobrenaturales, dejaran de seguirla e insultarla con los dicterios más groseros; y como que el camino que seguía se encontraba poblado por una bulliciosa multitud a causa de la feria, al ver a la litera seguida de muchachos y comadres, aquellas buenas gentes se paraban, y al informarse de lo que ocurría prorrumpían en denuestos insultantes, dando lugar con ellos a que se produjera una infernal algarabía y a que la servidumbre de la joven se sintiera corrida de vergüenza y tentada a dejarla abandonada en medio del camino que seguía.

No obstante la feliz naturaleza de que estaba dotado Nicolás, tuvo que guardar cama algunos días a fin de reposarse de la falta de sangre que sus heridas le causaron; y tanto los efectos de estas, cuanto el estado de exasperación a que le condujeron los sucesos, irritaron su sangre de tal modo que una fiebre violenta acabó de abatirle por completo.

¿Qué hizo Luis de Narvaez en tanto que curaba el caballero?

En el capítulo siguiente habremos de ocuparnos de aquel joven, cuyo odio insano le cegaba haciendo sentir, con el loco delirio de sus celos, la inextinguible sed de la venganza.
CAPITULO XIII.

De como la morisca Estrella, bajo el mentido aspecto de servidor leal, exaltó el ánimo de Narváez y le indujo a acometer una peligrosa empresa.

Al día siguiente de la llegada de Narváez, se presentó a él Selim que no era otro que Estrella de Archivel.

Luego que el joven árabe recien emancipado, marchó á El-Kouk, Estrella la morisca le siguió, y fingiendo el color de un hijo de la Nubia, se presentó a Narváez y le mintió una historia henchida de interés dramático, con la cual consiguió interesar su corazón magnánimo.

Con su diabólico talento hizo creer a Narváez que en una de las excursiones de los piratas argelinos al interior del Africá, lo habían arrebatado á su familia cuando apenas llegó á la adolescencia, y que en poder de un turco, cuyo grosero
despotismo rayaba en la ferocidad, devoró los tormentos de la más degradante esclavitud, él que naciera libre y que había respirado en el desierto, durante su feliz infancia, el aura santa de la independencia a que su tribu consagraba una ferviente adoración, que pagó con su sangre, pues que por defenderla sucedió a su familia toda entera. «Rota al fin la cadena que me tenía aherrojado,—decía el negro Selim al joven árabe,—ansío tomar venganza de mis infames opresores, y he de seguirte, emir, á donde quieras conducirme, que el derramar mi sangre para vengar los manes de mis padres será una dicha para mi.»

Entusiasmado el joven árabe ante la decisión del africano y condolido de su infamia suerte, lo acogió con cariño asignándole un puesto junto á sí.

Se habían cumplido los propósitos de Estrella; estaba junto al hombre á quien amaba y compartía con él todos los riesgos de la guerra.

Todo el afán de Estrella, á quien en adelante conocercemos por Selim, consistía en complacer al príncipe Ismael, por cuyo nombre conocido era entre los árabes, Narvaez.

Si el emir sentía sed, antes de formular una palabra, valía el falso negro á través del desierto y no volvía sin ella aunque tuviera que arrostrar la muerte; si se sentía vencido por el sueño, podía dormir tranquilo, pues junto á su persona permanecía Selim garantizando su seguridad. ¿Había un peligro que arrostrar, hacer un arriesgado reconocimiento cerca de un enemigo vigilante, llevar una misiva á un jefe amigo á través del desierto ó tierras de las ordas argelinas? pronto estaba Selim solicitó y ardiente y disputando á todos el puesto de mayor peligro.

—Día llegará,—pensaba la morisca,—en que me sea posible descubrirme, porque tal hó de hacer en mi constante
afan por complacerle, que no podrá librarse del imperioso yugo de la gratitud; de ésta al amor solo hay un paso por fortuna.

Llegó por fin un día en que salvó la vida del emir, y éste, en su exaltación propia de la nobleza de su alma, lo elevó á su amistad y casi le trató como á un hermano. Selim en adelante, fue el confidente del emir y llegó á penetrar todos los sentimientos de su alma.

Llegó también el día en que el valiente emir fue enviado por su rey á la Corte de España, y acompañóle el falso negro hasta llegar á Cartagena.

Si la vehemente Estrella no llegó á ser dichosa por completo, al gozar de la dulce intimidad del hombre á quien amaba con locura; al vivir junto á él, dividiendo el peligro de la guerra; al ser depositaria de sus recónditos secretos; y, sobre todo, al verle separado de la muger á quien aborrece, sentiase satisfecha y habría sido feliz en su esperanza sinó se terminara aquella guerra.

Una vez en España tembló el falso Selim, puesto que le constaba el vivo sentimiento que preocupaba el alma de Narvaez; y con el fin de amontonar obstáculos á aquel amor que merecía su odio, trató de conservar su libertad de acción y fingiéndose enfermo quedóse en Cartagena mientras Narvaez se dirigió á la Corte.

Y apareció en su casa de la Morería, segun hizo creer, de vuelta de Toledo en cuya poblacion tenia parientes, y nadie lo extrañó ni fué echado de ver en Cartagena, pues que su humilde nacimiento, no obstante ser muy rica, la tenían excluida de la selecta sociedad y estaba por lo tanto oscurecida. Por lo demás, Hamet su confidente, en cuanto á la reserva era un sepulcro. Así pues, nadie extrañó el regreso de la joven, constante más motivo cuanto que se ocultaba cui-
dolorosamente reclusa en su morada, y se marchaba con frecuencia al campo segun hacia creer su viejo servidor á sus vecinos y criados.

La morisca fué á Murcia y se enteró de cuanto allí ocurria. En su odio insano quiso comprar á Zára por medio de Somalo para apartarla de Narvaez, mas no pudo lograrlo á su pesar.

Después, cuando la noble Doña Estefania la regaló á su amiga Doña Juana y esta la dió la libertad, á fuerza de dinero consiguió interceptar todas las cartas que entre Narvaez y Doña Juana se cruzaban, y cuando tuvo la evidencia de que la bella Zára había acedido á conceder su mano al hombre que la enloquecía, formó un plan atrevido y ya sabe el lector con que astucia infernal lo llevó á cabo.

Una vez en sus manos la misiva que dirigía Narvaez á Doña Juana, con la cual le enviaba letras de libertad para su esposo, se marchó á Cartagena, y acompañada de su fiel Homet preparó un simulacro de homicidio contra Garre de Cáceres. Después regresó á Murcia, llegó hasta Doña Juana de Alarcon con su disfraz de negro, fingióse ante esta dama portador de la carta de su esposo, ganó su confianza y logró la enviar á donde estaba Zára con una carta para esta. Ya han visto los lectores como sembró en el alma de la joven la traída semilla del desprecio y viva repulsión hacia Narvaez.

La veleidosa suerte que en su funesta ceguera suele favorecer á los malvados, preparó la entrevista de Zára y Nicolás junto al yerto cadáver del desdichado Don Luis, y la celosa Estrella que acechaba á la joven sin cesar, llegó á saber por fin que eran hermanos.

Aquél descubrimiento aterró á la morisca desde luego, por cuanto desligaba á la ex-esclava de los estrechos lazos en
los cuales Estrella habia fundado su esperanza. Mientras se amaron Zara y Nicolás nada debió temer, pero cuando se hacía imposible aquel amor, Zara podría inclinarse al ex-esclavo que la adoraba con delirio y que incesantemente la solicitaba.

Pero al oír una frase á Nicolás desde su acechadero tras de un arbol cercano á la capilla, abrió su corazon á la esperanza.

Nicolás con afán, hizo jurar á Zara y á Rosiquo que guardarian aquel secreto y que nadie en el mundo mas que ellos, sabria que eran hermanos. Tal exigia el mandato de su padre.

Abandonando su disfraz Estrella, regresó á Cartagena muy gozosa y esperó muy tranquila los sucesos.

La ex-esclava y su hermano quedaban bajo el peso inquebrantable de la horrible calumnia que ella sembraba con horrible astucia.

A poco, los sucesos de la isla Redonda la afirmaron el triunfo de sus satánicos deseos.

Y por fin, el escándalo que se dio en San Ginés robusteció fielmente sus espejos, faltándole tan sólo arrancar á Narvaez de Cartagena, para lo cual, y habiendo preparado su viaje bajo el falso disfraz de servidor del desterrado embajador, en la escuadra real que estaba próxima á salir, fué á buscar á Narvaez á la casa-solar de Bienvengud, en la cual le encontró acompañado de Don Juan Ruiz, como apuntado queda al dar comienzo á este capítulo.

Cuando llegó Selim á la presencia de Narvaez, hacia breves instantes que había llegado el capitán Ruiz de visitar á Nicolás.

Ambos hidalgos recibieron al negro con cariño.

Después de saludarle y de mostrar aquellos su ale-
gria por ver al fiel Selim, informó el capitán al joven árabe del resultado negativo que había obtenido su visita a Garre.

El capitán Ruiz había ido a ver a Nicolás en nombre de Narvaez para retarle en desafío, pero encontró a aquel preso de la fiebre, por lo que el buen Don Juan hubo de contenerse con dejar un recado a sus parientes para testimoniar su sentimiento por el quebranto que sufría el herido. Impertinente era el exponer agravios y hablar de desafío en semejantes circunstancias; comprendiólo así pues el capitán y aplazó su encomienda para ocasión más oportuna, aunque a decir verdad temía que no pudiera realizarse el duelo, por que si sus heridas no eran graves la pérdida de sangre no dejaría al hidalgo Nicolás batirse en desafío hasta pasados muchos días, y el airoso Narvaez debería a su pesar abandonar a España desde luego, sopesa de ser preso y castigado por resistir las órdenes del rey.

—No lo espereis, pardiez,—gritó iracundo el joven;—no abandonaré.a España sin matar al hidalgo o morir a sus manos: suceda lo que quiera he de permanecer aquí.

Resultaron inútiles los ruegos de Don Juan y del negro; el joven insistió en quedarse y hubo que abandonarlo en su porgia.

Estrella meditó un momento.

—Todo menos dejarle aquí,—se dijo,—pudieran entenderse, y entonces..... todo se habría perdido. Intentaré arrancarlo de esta tierra.

—¿Sabes emir, —le preguntó,—que ha llegado el momento del valor?

—No te comprendo, buen Selim,—le contestó Narvaez.

—Pretenden humillarnos,—replicó;—pero, por el Pro-
feta, no deben tolerarlo los musulmes. Perdóname, Don Juan,
—siguió diciendo;—la corte de tu rey es un nido de buitres,
una bandada de chacales.
—¿Que dices, buen Selim,?—le preguntó Narvaez.
—Selim, mi pobre amigo,—le dijo el capitán,—tu ca-
beza está enferma.
—No, Don Juan; no es eso ciertamente lo que arranca que-
jidos á mi alma, sino la indignación por el horrible plan que
en el secreto se elabora.
—Explicate, Selim,—le ordenó el joven árabe.
—Me explicaré,—les dijo el falso negro.—Hará cosa de
un mes, doce grandes navíos al mando de Fajardo el almiran-
te, quemaron veintenaves mahometanas bajo el mismo cañón
de La Goleta.
—Secreto ha estado el acontecimiento cuando en Madrid
nada se ha dicho que lo haga conocer,—exclamó el joven ár-
abe intranquilo.
—Nadie mejor que yo puede afirmarlo, pues que me en-
contré allí,—le contestó Don Juan Ruiz.
—¡Y nada me habeis dicho!,—dijo Narvaez al capitán en
tono de reconvención.
—No hemos tenido tiempo de ocuparnos de ello,—le con-
testó Alarcon;—desde vuestra llegada á Cartagena os habeis
ocupado solamente en buscar la ocasión de provocar á Garro.
Si quereís escucharme.......
—Decid, Don Juan, y perdonad mi ligereza.
—Esperaba en Tamagnus las galeras reales para volver á España,—empezó el capitán,—cuando se presentaron an-
te el puerto doce grandes navíos al mando de Don Luis
Fajardo.
Gané la capitana y seguimos á Túnez, en cuyo hermoso
puerto se hallaban fondeados mas de veinte navíos y una
muy grande galeaza que componían la armada Túnez.

El ilustre almirante mandó á Don Juan, su hermano, con
solo cinco embarcaciones y todas las chalupas de la escuadra,
para que acometiera al enemigo por no poder entrar él
con sus naves, puesto que el fondo no lo permitía.

Yo tuve la alta honra de ayudar al cuatralbo con otros
bravos capitanes, en aquella arriesgada expedición.

Empeñóse el combate á punto de las doce.

Cuatrocientos cañones y muchos miles de espingardas,
xomitaban la muerte sobre los barcos de mi rey, pero noso-
tros, despreciando el fuego, seguimos avanzando á vela y
remo, arrostrando á la vez que la metralla, la inclemencia del
sol de medio día.

Indispensable fué llevar con rapidez la temeraria ac-
ción que acometimos; y ciertamente temeraria era, pues nues-
tra situación, mas que comprometida, era terrible.

Cuatro horas nos bastaron para dar cima honrosa á nues-
tra empresa.

Vencimos al feroz pirata y quemamos sus naves que es-
taban atracadas á la playa. En aquella función desesperada,
más aun que temeraria, solo perdímos veinte hombres.

Tal fue, querido amigo mío,—concluyó el capitan,—el
combate de Túnez bajo el cañón de La Goleta de que hablaba
Selim hace un momento. Pero en verdad no alcanzo en que
pueda afectaros, pues Túnez como Árger es un inmundo ni-
do de piratas, tan odiado de El-Kouk como de España.

—En efecto, no veo,—replicó el joven árabe.

—Una vez rota la amistad entre España y El-Kouk,—
dijo el falso Selim,—las pérdidas sufrieras por las escuadras
mahometanas, ya turcas, ya argelinas, de Túnez, Tripoli ó
Marruecos, favorecen sin duda los proyectos que contra los
muslims se preparan,
—No te comprendo,—dijo el capitán.
—Esplicate Selim,—añadió el joven árabe:
—¿Sabéis por qué ha salido de este puerto a las cuarenta y ocho horas de su arribo, sin componer sus averías, la escuadra del comendador?—les preguntó Selim.
—No sé,—le replicó D. Juan.
—Dé, pues,—le ordenó el joven árabe.
—Fajardo el almirante,—contestóles el negro,—ha hecho en tierra, en Alicante, toda la infantería que lleva á bordo de sus naves; la cual, incorporada á las milicias, ha ocupado los pasos de la sierra entre Alicante y Murcia. Don Agustín Moxia, maestro de campo general, ha bajado á Valencia desde Flandes con numerosos tercios de la mejor infantería. Don Pedro de Toledo ocupa los Alfaques con diez y ocho galeras, y tiene destacados en la costa á Don Carlos de Oría, general de las naves genovesas, y á Don Ramón de Onís, cuatralbo de las catalanas. Don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, con la escuadra de Nápoles se encuentra en Dénia hace ocho días, y con su gente de pelea ocupa los castillos de Bernia, Xábea y Benidormo; y con su infantería el tirano marqués de Villafranca, ha ocupado la sierra de Espadán. ¿Sabéis qué significa todo eso?
—¡Ah!, la expulsión!—exclamó el joven árabe con un acento indescriptible.—¡Malvado Lerma!—continuó,—que algunas horas antes de mi salida de la Corte me daba la seguridad de que las voces que corrian eran rumores infundados, que tenían por origen la avaricia para adquirir á un precio miserable muebles, haciendas y cosechas de los pobres moriscos españoles.
—Y si eso significan los bélicos aprestos de los tercios y las armadas de S. M.,—le preguntó Don Juan Ruiz,—extrañais que el ministro oculte sus propósitos, á un príncipe
africano sobre todo? Volved en si, Narvaez, y pensad solo
en la africana tierra: allí tendréis el porvenir; y, ¿quién sabe
por fin, si coniíreis una corona un día? Nadie nunca vos
es digno de llevarla.

—Estais en un error, Don Juan,—le replicó Narvaez con
un acento convencido;—no seria digno de llevar mi nombre
si abandonando el puesto del peligro negara mis alientos á
los mios.

—¿Qué pretendeis, Luis?,—le preguntó Don Juan so-
bradamente preocupado.

—Cumplir con mi deber,—contestóle Narvaez con una
decisión llena de brio;—hacer la guerra al rey que ha bur-
lado á mi pueblo indignamente, y que quiere lanzar de sus
hogares á muchísimos seres desgraciados que no le han
hecho ningún mal; sin más delito que el de ansiar libertad
para adorar al Dios de sus mayores; tal cumple á mi con-
ciencia y á mi honra. Vos que sois caballero muy hon-
rado, aprovareis mi empresa: si otra cosa creyera os faltaría
al respeto y á la estimación. Sed pues, mi juez, Don Juan.

—No pretendo argüiros,—le dijo el capitan Ruiz,—
porque sin duda mis consejos podrian menguar nuestra
amistad de hermanos; mas debo recordaros por lo mismo
que os amo, que como embajador en extrangera tierra es-
tais privado de esgrimir las armas....

—Errais, amigo mio,—le interrumpió Narvaez;—han
terminado mis poderes y declarada está la guerra entre Es-
paña y El-Kouk.

Y dirigiendo la palabra al negro, preguntóle:

—¿Cómo has sabido lo que concluyes de decirnos?
—¿Puedo decirlo?,—preguntó Selim.

—¿Y lo podrías dudar?,—le contestó Narvaez;—Don
Juan aunque cristiano es caballero; es ademas amigo mio.
—Pues bien,—contestó el negro,—un emisario de Tu-rigí vino á buscarme aquí: él me impuso de todo.
Luis de Narváez se ensimismó profundamente.
—¡Suerte adversa!—exclamó después de un rato de meditación.—¿Y le de marcharme de esta tierra sin batirme con él, sin traspasar su corazón aleve?

Aquella misma tarde arregló su equipaje el joven árabe, y aceptó una ropilla de Don Juan para no despertar desconfianza con sus vestidos arabescos.

Llegó la media noche: la ardientísima llama que devoraba el pecho del morisco le abrasaba la sangre, y no pudiendo resolverse á sufrir resignado su martirio, al sentir amagado su cerebro por funesta locura cedió pues al instinto que le arrastraba á su pesar junto al ser que adoraba, y envuelto en larga capa bajo la cual acomodó un laud, salió de Cartagena con dirección al pago de San Juan.

Y llegó hasta la casa en que habitaba la preciosa Zara; y un inmenso dolor arrancó amargo llanto de sus ojos; é inspirado por fin en su locura que prestó lucidez á su cabeza, pulsó las cuerdas del laud y cantó estas estrofas:

Un día,
La dulcísimá esperanza
Bienandanza
A este infeliz ofreció;
Y al contemplarse dichoso,
Gozoso
Amor á Cristo juró.

Si hoy, Zara, fascinada
Por la mentira,
De un hombre aleve sigues
Luis de Narváez.

Senda maldita,
Vuelve al camino
Que con amor te brinda
El pecho mio.

Aun es tiempo, nazarena,
Si mi pena
Quieres, piadosa, calmar;
No tientes al hado insano,
Que envano
El mal querrás conjurar.

El eco quejumbroso de la armoniosa voz del trovador repercudió en los montes de San Juan.

En vano esperó el árabe; á sus tristes querellas contestóle el silencio más profundo.

Empezaba á iniciarse en el Oriente la luz del nuevo día. Miró con vivo afín á las ventanas, desenvainó su daga, entreabrió la mallowha, y después de un instante en que una lucha horrible despedazó su corazón enfermo, lanzó lejos de sí la matadora gurnia y exclamó con acento concentrado:— ¡Aparta, arma homicida, que el corazón te llama codiciosamente! mi honor y mi conciencia se empeñan de consumo en que yo viva; tengo una alta mision que he de cumplir aunque me cause horrible sufrimiento. Moderá tu ansiedad, corazón mio; resignate á vivir....¡Oh Santo Alah!, perdona á esa mujer....Yo la perdono.

Dichas estas palabras se volvió el jovencio árabe por el camino que llevára.

Un dolor infinito le hacía exhalar gemidos dolorosos.

A poco, entre los árboles cercanos se destacó una sombra.
Aquella sombra era Selim.

Un rayo de la luna que rasgó los crespones de una nube iluminó su negra faz. En ella se notaba una sonrisa que revelaba un gozo de demonio.

Cuando el pobre Narvaez llegó junto al portal de San Ginés, le aguardaba un lacayo de Don Juan que tenía por el diestro dos caballos.

Selim estaba allí, disimulando su cansancio.

Poco después el árabe y el negro tomaron el camino de la Hilada, y sin tocar en población alguna dirigieron su marcha hacia Valencia.

Ambos á dos marchaban silenciosamente, pero de vez en cuando hondos suspiros se exhalaban del anhelante pecho del morisco.

Dejémosles marchar; pronto les seguiremos en su em-
presa.
CAPITULO XIV.

En que se demuestra la modificacion que sufrieron los sentimientos de Zára en favor de Narvaez.

Recordará el lector, que después que Narvaez esperó junto á los muros de la casa en que habitaba Zára, sin que esta se mostrase á sus miradas, no obstante sus sentidas trovas, arrojó su puñal á un arroyuelo para evitar la viva tentación que le arrastraba hacia el suicidio.

Lo que ignora sin duda, es pues, que Zára escuchó aquellas trovas como escuchó sus últimas palabras.

Tenemos dicho ya que el corazón de Zára sufría una crisis peligrosa.

Las sentidas palabras de su hermano tan llenas de bondad
y de cariño, la hacían sufrir horriblemente, angustiando su alma bajo el rudo tormento de una lucha cruel que agotaba sus fuerzas por completo.

Jamás Nicolás Garre había amado á su hermana. Si en un momento de arrebato se atrevió á codiciar sus graciosas seductoras é incitantes; si avivó sus deseos el poderoso encanto de la joven con promesas de amor que revelaban sus hermosos ojos, fácil le fué en verdad un cambio brusco de impresiones, y consagró á su hermana un amor puro y tierno, enteramente fraternal, que le encantaba el alma, pues que con él cumplía el deber que le impuso su padre en el postrer momento de su vida.

No sucedía lo mismo á la doncella. Había amado á su hermano con la pasión primera que siente el corazón de la mujer, en el momento crítico y supremo de su venida al mundo del amor; con la viva ansiedad de un corazón sediento de ventura, cuando corre la sangre por las venas como la ardiente lava de un volcán. Quizá el temperamento de la joven obedecía á su origen: fué concebida la infeliz en un momento de delirio, y delirio heredó en sus impresiones.

Estaba horrorizada de sí misma.

¿Amaba aún á su hermano con el amor pecaminoso, criminal, repugnante, del deseo?

Tal pregunta, que no osaba siquiera formular, latía en todo su ser; y si vivía oprímida esta pregunta por una voluntad desesperada, se revelaba noche y día, persistente y temeraria. La infortunada joven tenía miedo de hacerse tal pregunta, y la consideraba como una tentación satánica para ponerla en el terrible caso de pensar la respuesta que necesariamente debía darse.

Tal era pues la causa, que antes dejamos entrever, para que se empeñarála infeliz en amar á algun hombre que pudiera
arrancarle de su alma con nuevas sensaciones, la terrible ansiedad en que vivía.

Y por más que miraba en torno suyo, con mirada anhelante, solo se presentaba una figura ante la trabajada mente de la joven, que, si sombras culpables la envolvían, tendían á disiparse ante el sol ardoroso de su empeño.

Y la figura acariciada por la mente febril de la doncella era la de Luis, el ex-esclavo, su antiguo compañero de infortunio; que antes, después y siempre, la consagró su amor; amor ferviente, firme, decidido, á prueba de desdén y de desamor, de celos y hasta del deshonra, con el cual la infeliz aparecía á sus ojos.

Los constantes culpables de aquel joven, atentatorios á su honra, encontraban disculpa en su pasión, ardiente, impetuosá, que servía de resorte á su locura. Casi vaciada estaba la ciudad; verdaderos esfuerzos de imaginación se empeñaba en hacer para exculpar al hombre que la amaba con amor delirante; solo una sombra densa y enojosa se oponía á que la joven discerniera su perdón: tal era el atentado criminal que Narváez llevó á cabo contra Garre. Al meditar en esto, Zara se confundía y aquella densa sombra vacilaba. Y pensaba la joven: —¿Está loco Luis? Sin duda el negro que denunció su crimen monstruoso, le calumnió villanamente con un propósito secreto cuyo misterio en vano intento penetrar. ¿Asesi-nó Luis? ¿El, tan bravo, tan noble, tan honrado, pagar á un asesino para matar á un hombre cuando á él le sobran corazon y bríos para luchar con honra? No, no, imposible. ¡Que confusión, Dios mío! Arcano es este que me trastorna la razón.

De esta manera discurría la joven cuando escuchó asombrosa la acordes dulcísimos que se arrancaban de un laud.
—¿Quién seré? —murmuraba. —¿Quién osaré venir entre estas soledades tan agrestes a tañer su laud? Sin duda un desdichado que pide a la dureza de las rocas la piedad que le niega el glacial corazón de una muger....

Zára fué interrumpida en sus sentimentales reflexiones por los tristes acentos de la voz, henchida de pasión, de hondísimo pesar y de dulcísimo armonía, de que tienen noticia los lectores.

La joven conoció al cantor.

Su corazón latió violentamente y escuchó aquellas trovay con afán.

Los ecos del mancebo conmovieron el alma de la joven, y aquella inteligencia conturbada sintió la lucidez, á través de la cual creyó ver la inocencia de Narvaez.

Y estuvo á punto de rendirse y de abrir la ventana, pero un resto de duda la contuvo. Por otra parte, la aconsejaba la razón que debía someter su voluntad á la de Nicolás, que al fin se hallaba en el lugar de padre. Por eso no salió, dando lugar á la desesperación del trovador.

Hubo un momento, sin embargo, como acabamos de decir, en que estuvo muy próxima á mostrarse para calmar, piadosa, la amarguísima pena del mancebo; pero al ver que arrojaba su puñal invocando deberes misteriosos y que su vida no corría peligro, permaneció en silencio la cuitada, dando lugar á que Narvaez se marchara sumido en el despecho y con el alma lleno de amargura.

Cuando se fué el mancebo Zára abrió la ventana; necesitaba respirar el aire. Entonces vio á Selim, á aquel Selim que en El-Ramí le denunció á Narvaez como á un ser criminal; aquel joven extraño y misterioso, del cual, en su ligero aturdimiento, hizo la falsa base de su funesta repulsión hacia el ser que la amaba con delirio; y al contemplar
al negro, merced á un rayo de la luna que iluminaba su semblante, observó en él una mirada ardiente que clavaba en Narvaez, del cual se recataba con cuidado.

Este suceso extraño preocupó á la ex-esclava.

Desde luego creyó que aquellas precauciones de Selim para ocultarse de Luis, eran muy sospechosas, pues el quo oculta sus acciones á las miradas de los hombres, suele marchar por un sendero tortuoso que conduce al delito, si no lo ha perpetrado ya, y trata de ocultarse para cojer sus frutos en la sombra.

Ya no dudó la joven. Concluía de entrever la intriga tenebrosa que se agitaba en derredor de sí. Alguien había en el mundo interesado en causar la desgracia de las personas que ella amaba. Sin duda el joven árabe, aquel noble Luis que tanto suspiraría por merecer su amor, lo mismo que su hermano, á quien ella había amado cuando ignoraba el parentesco que tan estrechamente les unía, eran las tristes víctimas de una mano cruel que se ocultaba y que los perseguía traídera y tenazmente, valiéndose de medios los más rastreos y cobardes.

¿Quién era el ser malvado que de tal modo perseguía su desdichada y misera existencia?

Le era imposible adivinarlo, como también el móvil que impulsaba á aquel ser misterioso que se lanzaba á empresa tan funesta.

Y, sin embargo, su convicción sirvió admirablemente al amor de Luis, pues lo exculpó á sus ojos de los horribles cargos que antes de este momento le había hecho.

Y como la doncella se empeñara en amar al mancebo, á fin de que este amor con su ternura, la arrancara del borde del abismo que su antigua pasión por Nicolás abría ante sus miradas enloquecidas de terror, aferróse á la idea de
consagró su amor al ex-esclavo que aparecía inocente ante
sus ojos y que la amaba con ardiente afán.

No esperó mucho tiempo la doncella sin gestionar ac-
tivamente en pró de sus aspiraciones generosas.

En la primera visita de su hermano le expresó sus vehe-
mentes impresiones; y entonces, Nicolás, que ansiaba la
ventura de su hermana, la prometió informarse del paradero
de Luis para llamarle luego junto a ella y hacerse protector
de sus amores.

Y el abrazo que dió Zára á su hermano para mostrarle
su agradecimiento, no la causó el tormento que otras veces;
antes bien fué un abrazo fraternal, puro, inocente y lleno de
consuelo, el cual colmó su dicha y la dió la esperanza de en-
lazarse á Luis.

Pero aquella esperanza fué fallida; en vano Nicolás buscó
á Narvaez: nadie pudo decirle el punto á donde dirigió sus
pasos. Solo había un hombre en Cartagena que conocía el
destino de Luis; pero este no osó hablar. Don Juan Ruiz de
Alarcon había ofrecido al jóven el secreto y cumplió su pa-
labra con lealtad.

Y como consecuencia de los vanos conatos de su her-
mano, Zára se entristeció profundamente. Su apasionado
conozón recorrió las etapas de dolor en su marcha preñada de
martirios.

El arrogante príncipe africano causaba los desvelos de
la jóven siendo constante imagen de sus sueños. Llegó á lan-
guidecer, y á pesar del cariño del hidalgo y de su vivo afán
por distraerla, abrigó éste el temor de que el pecho de Zára
fuera por fin dañado por la tísis.

En tanto, en Cartagena, todo el mundo creía que Zára
era mancha del hidalgo; y al despreciarla todos, como indigna
ramera, procáz, desvergonzada y libertina, la odiaban á la
vez por haber sido causa funestísima de la locura de una ilustre dama, hermosa, honrada y madre de dos ángeles, cuya infelicidad labró también con su conducta infame y criminal.

Y el tiempo trascurria é iba creciendo el odio de las gentes.
CAPITULO XV.

En que se hace una sucinta e histórica reseña de los preliminares de la rebelión de los moriscos valencianos.

Narvaez llegó a Valencia seguido de Selim, y pararon en el mesón de maese Climent, ya conocido del lector.

Por todas partes se decía que conspiraban los moriscos, y como el número de ellos era muy superior al de los cristianos viejos que poblaban el reino de Valencia, y á más eran osados y valientes, todo el mundo temía las consecuencias de la anunciada rebelión.

Conviene á nuestro propósito, y esperamos que no disgustará al lector, por tratarse de uno de los sucesos más importantes y de más consecuencias para la madre patria, el copiar una ligera parte de lo que sobre aquella rebelión,
han escrito en su Historia general de España los Señores Al-
dama y García González.

Hemos aquí:

«...Por aquel tiempo comenzó á correr la voz de que
los moriscos de Valencia, de las Andalucías, de Aragón, Mur-
cia y Castillas, trataban de sublevarse en masa. Creyóse desde
luego la noticia, así por la certeza de los tratos que en otro
tiempo habían tenido con los franceses, como por que se les
veía á la sazón en actitud sospechosa, reunidos en corrillos,
se les oía pronunciar palabras alarmantes, y era frecuen-
tísima la correspondencia que enviaban y recibían, respec-
tivamente, los de unas y otras provincias, contra su natural
inercia y su habitual indolencia.

«Estaban los moriscos fuertemente apoyados, especial-
mente los valencianos, por los magnates y poderosos del
reyo; porque les tenían arrendadas sus tierras y demás
propiedades, y como colonos abonaban á los propietarios in-
timamente más que los españoles ó cristianos viejos; y esto
se comprende muy bien: los cristianos nuevos eran pode-
rosos, y los viejos eran pobres.

...«Siendo cada día más sospechosa é imponente la ac-
titud de los moriscos, y tomando cada día mayor cuerpo las
veces y seguridades de que iba á estallar la anunciada
conspiración, el duque de Lerma se decidió á proponer al rey
la medida extrema, y decidido por el duque, estaba decidido
por el rey, aunque antes había resistido mucho el dictar la
expulsión.

«Ocurrió este suceso al mismo tiempo que se firmó en
Flandes la tregua de los doce años; y mediante aquella, po-
día disponerse de las fuerzas de mar y tierra libremente.
Dióse, pues, órden á los vireyes de los estados de Italia para
que tuviesen dispuestos sus tercios y escuadras, al mismo
tiempo que se mandó prevenir la armada de España, cuyo almirante era á la sazon el marqués de Villafranca. Hecho esto, se nombró á Don Agustín de Mejía maestre general, á capitan general, de los ejércitos del reino, y con el nombramiento se le mandó órden reservada para que inmediatamente se dirigiese á Valencia sin pasar por Madrid.

«Al mismo tiempo que Mejía recibió la predicha órden, la recibía también el marqués de Caracena, virey de Valencia, para prevenir toda la infantería de aquel reino.

«Llegó á la expresada ciudad Don Agustín de Mejía, y inmediatamente se dirigió á conferenciar con el arzobispo y el virey, después de lo cual pasó una escrupulosa revista de inspección á los cuarteles y castillos, y dispuso se proveyesen de víveres y municiones: lo mismo dispuso respecto de las plazas de la costa.

«....Así que llegaron á las aguas de Valencia las escuadras de Mediodía y de Levante, del mar Océano y de Italia y Portugal; así que se posisionaron de todos los puertos y las tropas tomaron las sierras y caminos, el virey marqués de Caracena, publicó el bando que Mejía llevó consigo, cuyos principales artículos eran los siguientes:

«En el término del tercer día, todos los moriscos, hombres y mujeres, bajo pena de la vida, habían de embarcarse en los puertos que cada comisario les señalase: —Solo llevarían la parte de bienes muebles que pudieran llevar sobre sí: —Se prohibía rigorosamente que se les maltratase ni insultase de obra ni de palabra: —Se les daría la necesaria manutención durante la navegación: —El morisco que pasados los tres días fuese encontrado fuera de su lugar, podríasrse impunemente despojado y preso; y podría matarse, si se resistiese: —Se imponía pena de muerte á los habitantes del lugar en que se llegase á averiguar que los moriscos habían
escondido ó quemado su hacienda, ó parte de ella:—Podrían quedar en España los niños menores de cuatro años si los padres de aquellos lo consentían:—También podrían quedarse los menores de siete años con su madre, si esta era cristiana vieja; pero saliendo expulsado el padre, si era cristiano nuevo, ó morisco;—Podrían los que quisieran, pasar a otros reinos, pero sin atravesar por España. Fuera de los que esto prefiriesen, habrían de ser todos transportados en naves españolas a Berberia.(1)

«Publicado el otros y rigoroso bando comenzó á ser puesto en ejecución. Nombraronse por el gobierno los comisarios ejecutores para el embarque, y desde luego se presentaron centenares de familias, que sin oponer la menor dificultad, se embarcaron, lo mismo en el Grao que en Alicante, en Denia que en Vinaroz.

«En los caminos no dejaron de asaltar á algunos para despojarles; porque cierta clase de gentes no respetan ni la desgracia en tratándose de apoderarse de lo ajeno. El virrey tomó providencias para impedir que los expulsados sufrieren el menor despojo; mas sin embargo, de aquel pretexto se asieron algunos moriscos para resistir, reuniéndose especialmente en las sierras, resistiendo con armas á la fuerza armada, y ocasionando bastantes desgracias. Tales fueron estas escenas, que hubo de suspenderse el embarque durante algunos días.

«Otros moros mas pacíficos, convencidos de que el mal era irremediable y de que les convenía alejarse cuanto antes de un suelo que á la sazón era para ellos inhospitalario, pidieron

(1) De intento hemos subrayado una parte del extracto de aquel bando, para llamar la atención de los lectores sobre la manera de gobernar de aquellos tiempos. Omitimos toda clase de comentarios.
se les permitiera embarcarse en buques particulares fletados por ellos mismos y á su costa. Dó este modo salieron de España muchos moriscos, siendo notable espectáculo el ver que sus propios señores los escoltaban para que llegasen sanos y salvos al puerto. El duque de Gandía, el de Maqueda, los condes de Alamás, de Concentaina y de Buñol y el marqués de Albaída lo verificaron así, y algunos, como el de Maqueda, se embarcó con ellos y llegó hasta Orán.

«También fué preciso prohibir el trasporte en buques particulares, porque algunos patronos de aquellos robaban á los trasportados, y á fin de que no pudiesen dar queja del despojo, los arrojaban al mar y cometían después todo género de excesos con las familias de los despojados.

«Uno de los patronos que fueron autores de tan negros y horribles delitos se llamaba Juan Bautista Riera, el cual, después de haberle cortado la mano derecha, sufrió la pena de horca.

«Habiéase prohibido, después de embarcada una gran parte de moriscos, el que vendiesen sus ajuares y hacienda bajo el pretexto de que privaban á los respectivos señores de los bienes que seguían el bando debían heredar; y al mismo tiempo que se prohibía la venta se prohibía también á los cristianos el comprar, bajo pena de nulidad. Esto bastó para que nadie quisiiese comprar; por manera que aquellos de los aun no embarcados, á quienes el decreto cogió con poco metálico, no pudieron adquirir más por medio de la venta de cuanto era legítimamente suyo.

«Estas y otras cosas dieron pretexto á algunos moriscos, gente belicosa y siempre dispuesta por temperamento á la insurrección, para tomar las armas y reunirse en sus de guerra. Hiciéronse fuertes los de la baronía de Córtex, Castellá, Val de Ayora, Guadalest y Alahar.
«Atrincheraron la sierra de la Muela de Córtex, añadiendo fortificaciones y obstáculos a los naturales que el agreste terreno presentaba, y comenzaron por coger a todo cristiano viejo que encontraban solo y sacrificarlo bárbaramente. Reunidos en bandadas entraban en los pueblos pequeños y se ensañaban ferozmente contra los sacerdotes, destruyendo iglesias y destrozando las sagradas imágenes.

«Cuando estuvieron reunidos en gran número escogieron un rey. Fue elegido un moro natural de Casadan, parroquia anéja a la de Llombay, llamado Turígi. Proclamado con grande estrépito en la plaza de Córtex, fue jurado por todos sus principales vasallos, y comenzó a dictar sus disposiciones.

«Resistieron los insurrectos algunos meses, haciendo enormes daños que podían y procurando ponerse en combinación con los moriscos de otras provincias de España y aun con los de África; y tanto incremento llegó a tomar el fuego de la insurrección, que los antiguos recordaban los sucesos de la Alpujarra y comparaban con la de aquellos moriscos la moderna insurrección.

«Reuníose contra los insurrectos el ejército de Nápoles con el de Lombardía, y la milicia del país al mando de Don Agustín de Mejía, Don Sancho de Luna y el conde de Castellá. Jefes y soldados hicieron verdaderas proezas, y después de algunos meses de una guerra sangrienta y de lucha desesperada, un morisco traidor a los suyos, probablemente para obtener la cantidad ofrecida por el gobierno, sorprendió y entregó a Turígi que pagó con la vida su breve e inquieto reinado.

«Con el suplicio de Turígi y diversas medidas que se tomaron, concluyó la lucha y salieron del reino de Valencia todos los moriscos que aun en él quedaban.»
Hasta aquí la historia. Añadamos algunos datos que no son conocidos, los cuales, unidos al anterior relato, nos pondrán en situación de bosquejar el cuadro de los interesantes episodios en que tomaron parte algunos personajes de nuestra historia.

La insurrección tuvo un comienzo débil. Las excitaciones de los que se encontraban a la cabeza del complot, no tuvieron el eco apetecido. El gran número de fuerzas que desplegó el gobierno intimidó a los moros de tal modo, que cuando llegó el caso de responder a aquella, aun los más decididos doblaron la cerviz humildemente al ominoso yugo a que les obligaban los cristianos.

Raudales de amargura manaban de los ojos de aquellos infelices desterrados, al dejar sus hogares y cuanto á fuerza de trabajo y de sudores, habían logrado conquistar al suelo de los campos valencianos que habían trocado en un jardín; y al emprender su marcha hacia las playas tenían que trasportar á sus hijuelos en sus cansados brazos, pues ni una sola bestia de labor, de las muchísimas que les pertenecían, les era lícito llevar. Estas, y todo cuanto poseían, que no podían llevar sobre sus hombros, tuvieron que dejarlo á sus señores.

Y cuando caminaban abatidos, regando con sus lágrimas el suelo, aun las pocas riquezas que llevaban se las arrebataban los cristianos, que saliendo á su encuentro, ávidos de rapina, para cubrirse con la ley queles autorizaba á tal despojo, los apartaban del camino y después de robarlos les mataban, atropellando infamemente á sus mugeres y á sus hijas.

Por otra parte, el fanatismo, burlando audaz las prescripciones de la ley, arrebataba ás sus hijos para salvar sus almas del virus ponzñoso de una mentida religión.

Tan horribles torpezas, crímenes tan feroz es inauditos aun en pueblos salvajes, dieron por fin al traste con la pa-
Luis de Narváez.

ciencia de los moros; excitaron su rabia, exacerbaron su furor, y en su terrible desesperación supieron olvidar el miedo. Entonces cada moro, cada una de las madres á quienes arrebataron sus hijuelos, sacudió la melena con la fiera del león, y empuñando las armas que la casualidad puso en sus manos, que todas eran buenas para vengar agravios tan sangrientos, corrieron á los montes, eminentes y fuertes pedestales de la santa y bendita libertad, y á su paso arrollaron cuanto á sus golpes rudos se ofrecía, causando tal terror en los cristianos que huyeron estos espantados á refugiarse en los lugares fuertes.

Emprendióse una lucha tremebunda, cuya ferocidad solo en pueblos salvajes la historia nos presenta en sus nofatas y manchadas páginas, cuando espantada de sí misma, se ve obligada á registrár en ellas la condición humana cuando da rienda suelta á sus pasiones.

Entonces, el gobierno, se vió obligado á organizar los medios de defensa con severa energía, reglamentando aquella horrible guerra.

Dejamos al lector la apreciación de las medidas que el gobierno tomó, y que citamos á continuación.

Ocupados los pueblos por las tropas se impuso pena capital al morisco que fuese sorprendido, con armas ó sin ellas, fuera del pueblo en que habitara sin el permiso escrito de la autoridad. Estos permisos, además de las señas de sus portadores, debían marcar la ruta que deberían seguir; así como los días de duracion de sus viajes: debía también constar en ellos el refrendo de las autoridades de los pueblos en donde pernoctaran, conminando con penas muy severas á los cabos de barrio, posaderos y dueños de las casas en que tomaran hospedaje, para que dieran cuenta á las autoridades respectivas de las estancias de los moros.
La venta de las armas, pólvora, balas, piedras y mecha de arcabuz, quedó también prohibida sin una órden expresa de la autoridad.

Prohíbíose igualmente la entrega ó venta á los moriscos de víveres ú objetos de vestir, aun cuando fuera á sus parientes.

Obligados quedaban los pueblos y lugares á avisar á los jefes de canton la entrada de los sublevados en sus términos, y á tocar á rebato y perseguir á éstos, ó cuando menos á ocupar las alturas, desfiladeros y barrancos, mientras las tropas no llegaran; respondiendo los pueblos, bajo las penas más severas, de los robos y muertes que tuviesen lugar en las jurisdicciones de los mismos, así como de la seguridad, bienes y vidas de las justicias, jefes y cabos de milicias que funcionaran en sus términos.

Dispóñose también que los armeros, silleros y herradores se retirasen á lugares fuertes; que los hornos de pan se derribaran y se llevarán á las villas ó ciudades las muelas de los molinos y cuantas piezas importantes tenían aquellos artefactos.

Talaronse los bosques y demoliéronse las casas, corrales y cercados que se encontraban junto á los caminos, para evitar que los rebeldes moros se ocultaran en ellos y sorprendieran los convoyes.

Tan atroces medidas dieron un resultado contraproducente, pues los vecinos de los pueblos, al verse amenazados de una parte por la saña y furor de los moriscos, y de otra por el fiero rigor con que les cominaban las autoridades, abandonaron sus viviendas y fueron á ampararse en los lugares fuertes, dejando el campo libre á los rebeldes, y como consecuencia aumentando con su inactividad y el abandono de sus tierras, la alarmante miseria que se dejó sentir en casi todo el reino valenciano.
LUIS DE NARVAEZ.

Tan difícil, crítica y peligrosa era la situación de reinado de Valencia en los tristes momentos en que se desarrolla la interesante acción de nuestra historia.

Pasemos al capítulo siguiente.
CAPÍTULO XVI

En que aparecen en escena algunos personages de esta historia, envueltos en la feroz y cruenta guerra á que dio lugar la rebelion de los moriscos valencianos.

Cinco dias habian trascurrido desde que las tropas de S. M. habian hecho un avance general sobre los pueblos de Llombay, Casadan, Zára, Millares, Jalanco, Teresa y Jaraful. Merced á la inteligente direccion del maestre de campo general y sus tenientes, á las numerosas y aguerridas fuerzas que concurrieron á la accion, y á la artillería y superioridad del armamento de las tropas reales sobre las informes y escasas armas de los insurrectos; á pesar del valor desesperado de estos y de los obstáculos de toda clase que oponian á la marcha de las tropas, logróse por fin arrojarlos de los suso- dichos pueblos, haciéndolos subir á las montañas y cir-
conscibiendo á los límites de éstas el sangriento escenario de la terrible insurrección.

Tan importante resultado no pudo conseguirse sin grandes y sensibles pérdidas.

Resistieron los moros en los pueblos con un valor y una serenidad extraordinarios, los terribles ataques de las tropas, y hacían morder el polvo á los que osaban avanzar á sus trincheras. Unicamente los tiros de las culebrinas, conseguían destrozar sus parapetos; y por las anchas brechas, que al fin lograban practicar las balas, penetraban las mangas de soldados no sin sembrar el suelo de cadáveres.

Parapetados en los montes de una manera formidable, esperaron los moros el ataque con un valor sereno y una constancia propia solamente de un pueblo entero y valeroso que ama su libertad y independencia.

El maestre de campo general vió la dificultad de reducirlos: por las enormes pérdidas que sufrieron sus tropas al arrojarlos de su primera línea de defensa, acertó á comprender las que vendría á costarle el atacarlos en los montes, por lo cual se detuvo ante tan justa consideración.

Convocó entonces á consejo á los jefes superiores del ejército en la villa de Ayora, en la cual se asentaba su cuartel.

Los caracteres más impetuosos se templaron luego que el cuartel-maestre (1) hizo una minuciosa reseña de las posiciones que ocupaban los rebeldes. Estaban divididos en tres grupos. El mas avanzado, compuesto de unos tres mil quinientos hombres al mando de un joven morisco desconocido en el país, llamado por los suyos Ismael, el cual

---

(1) Jefe de Estado Mayor.
gozaba de un inmenso prestigio entre sus correligionarios por su heróico valor y su precocidad inteligencia, ocupaba la Muela de Bicorp, sierra muy eminente y muy cubierta de malezas y de cerrados bosques, situada entre Millares y Teresa.

El general se había empeñado en vano en aislarse a Ismael de las restantes fuerzas enemigas: era la sierra muy extensa y se enlazaba con Cofrentes por sus estribaciones del Oeste, por las cuales estaba en comunicación aquél con un hermano de Turígi, que se hallaba acampado con unos cuatro mil moriscos, en la Muela de Córtes, hallándose a su vez este caudillo, en comunicación con Martes, en cuya extensión imponente Muela tenía Turígi su real con otros cuatro mil moriscos y más de siete mil familias.

Si grande era el peligro en un ataque general, mayor era sin duda el de una espectación indefinida, pues los moriscos de Aragón, de Murcia y las Andalucías, se disponían a rebelarse y era preciso terminar con los moriscos valencianos para batir a aquellos en detalles.

Por fin, después de mucho discutir, se acordó en el consejo que algunos tercios de milicias se concentraran en Millares y amenazarán a la vez a las tres posiciones enemigas, que, casi equidistantes, tenían frente de sí, para llamarles la atención, y en tanto que esto sucediera caer con velocidad sobre Cofrentes con una fuerte división de las mejores tropas del ejército. Una vez dueños de esta población podrían amenazar a Córtes, dejando aislado por completo al caudillo Ismael, quien tendría que rendirse o dispersar su gente una vez faltas de recursos.

Si esta bien combinada operación no podía realizarse, habría el peligro de perderlo todo, pues los inquietos moros de otros reinos se alzarían a la vez, y las escuadras berberis-
cas unidas á la turca, puestas de acuerdo con aquellos podrían traer días de luto para España.

Corriéronse las órdenes para empezar la operación.

Seis bravos oficiales que servían á las órdenes del cuartel-maestre, debían correr las instrucciones de éste, á los cantones de los tercios.

Entre estos oficiales se hacía notar un elegante alferez. Este era Luis Segado de quien se acordarán nuestros lectores.

Como sus compañeros, luego que terminó el consejo se presentó á su jefe para tomar sus superiores órdenes.

Una vez recibidas marchó á su alojamiento para tomar sus armas y caballo.

A poco de llegar mandó á un jóven soldado, que le servía de paje, que le ciñera la coraza, y cuando se vió armado se caló el capacete, cabalgó en su caballo y recibió la lanza de manos de su paje que le pidió sus órdenes mientras permaneciera ausente de su casa.

—¿Se ha marchado Zoraida?, —preguntó el caballero.

—No, mi señor alferez, —le contestó el soldado, —dormida debe estar como vos la dejasteis al marcharos. ¿Qué queréis que la diga cuando quiera saber en donde estais?

Segado vaciló un momento.

Iba ya á dar respuesta, cuando la vibración de una morisca guzla llenó el espacio de armonías.

A poco, el dulcísimo acento de una voz comenzó este romance, muy conocido en aquel tiempo:

Ensillenme el potro overo, 

del alcayde de los Velez, 

denme la adarga de Fez 

y la jacerina fuerte, 

y una lanza con dos hierros, 

entrambos de agudo temple,
y aquel acerado casco
con el morado bonete:
traígame la cota azul
que me dió para ponerme
la muy hermosa Zoraida
hija de Selim Hamete,
y decidle á mi sultana
que salga si quiere verme.....

—¡Tiene razón! —murmuró Luis Segado descabalando
de su palafren.—¡Qué ingrato soy con esa hermosa criatura
que todo me lo sacrifica! Pues no iba á abandonarla sin darla
un á Dios tierno y cariñoso?

Y penetró en la casa y después en la cámara, de la cual
se escapaba aquel acento encantador.

—¡Zoraida mía! —esclamó el caballero dulcemente es-
trechando en sus brazos á una joven, cuyo trage oriental,
sálpica do de estrellas rutilantes, realizaba su belleza peregrin-
a. —Perdóname, mi bien, mi hermosísima hurí; no quise
darte enojos y respeté tu sueño; ahora escucho tu acento
enamorado y vengo á despedirme. No tardaré en volver.

—Escucha, nazareno mío,—le contestó la joven con un
acento dulce y candecioso; —si alguna vez la nieve del Gran
Atlas lanza su helado aliento sobre el amor que me consagras,
por Alah, no me engañes; viértan tus labios la verdad, que
yó sabré curarme de tu olvido.

—¿Qué dices, vida mia?; ¿y olvidarte?.... jamás.

—Hace algún tiempo que tu amor mengua cual la luna;
lo prueba tu reserva. Cuando tu amor se extinga dejaré de
existir.

—¡Que ideas tan tétricas te asaltan,—le dijo Luis Sega-
do acariciando sus cabellos, finos como la seda granadina y
blondos como el oro.
—Me has temblar la guerra,—replicó la morisca con tristeza;—me dice el corazón que vendrás muy pronto a mis hermanos, y entonces... ¡ah!... volverás a tu tierra y me abandonarás. Y tu pobre Zoraída, privada de tu amor, vilipendiada de los suyos, se empeñará en seguirte, y, al verte entre las damas tus iguales, morirá de dolor; quizá antes de morir te heriré el corazón con mi acerada guma. Por eso te repito: si has de dejar de amarme evita mi martirio de una vez: dímelo y moriré: nada me ocultes, mi bello, mi arrogante nazareno. Te marchabas sin verme. ¿A donde vas?

—¿Estás celosa, vida mía?,—preguntó Luis Segado sonriendo.—¡Hasta de mis servicios tienes celos! ¿No ves que estoy armado?

—¿A donde vas?,—insistió la morisca.

—A llevar una orden.

Y observando á la joven que le miraba con recelo, continuó el bello alferez:

—Voy á Zára, Jalance y Jaraful.

—Pueblos benditos por Alah; divino paraíso en donde abundan las huríes hermosas.

—Te equivocas, Zoraída; cuando entraron las tropas victoriosas quedaronse desiertos: solo hay soldados en aquellos pueblos.

—También Ayora está desierta; no hay un moro en la villa, y sin embargo estoy aquí.

—Pero no siempre, vida mía, ¿Sueles estar tan poco tiempo... estrella de mi cielo...! Se estremeció la mora y miró al caballero fijamente. Aquel examén debió dejarla satisfecha y prosiguió diciendo:

—Me has recordado que me esperan; voy á mudar de traje....
-¿Tan pronto?, ¿no puedes aguardar a que yo vuelva?
-No, Luis; faltó ya mucho tiempo y podrían sospechar.
En este caso me matarían los mios.
-¿Por qué no abandonarlos? ¡Seríamos tan dichosos jun-
tos, mi bella, mi amadísima Zoraida!
-Nunca abandonaré a mi hermano: sobre todo, mien-
tras se vea amagado de peligros. ¡Es tan infortunado! Sabes
que hace la guerra por el amor de una cristiana; por celos,
por despecho. Él siempre fué leal al rey de España; además
es cristiano de todo corazón.
-¡Noble y valiente joven!, —esclamó el caballero en un
arranque de nobleza.—Si yo pudiera... le salvaría á fé de ca-
ballero que yo soy.
-Haz por él cuanto puedas, amor mio. Quisiera present-
tarse, pero teme....
-No, no es prudente: yo sé que le ahorcarían. Pero
puede fugarse y con nombre finjido tomar pasaje para el Áfr-
ica. Escúchame, Zoraida: mañana muy temprano ocuparán
las tropas á Cofrentes; tu hermano quedará perdido; dile que
se disfrace y ambos buscadmo aquí; yo haré los imposibles
por salvarlo.
-¡Gracias, gracias, Luis mio!, —contestó la morisca
conmovida y arrojándose en brazos del hidalgo;—Ahora creo
que me amas. Voy á avisarle; no tardaré en volver acompa-
niada de mi hermano. Quizá esta misma noche vuelva aquí.
Besóla el caballero con codicia; arrancóse por fin del pal-
pitante seno de la joven, cabalgó en su caballo y partió há-
cia Jalance al gran galope.
Por una puerta falsa de la casa salió un bello mancebo
seguido de un morisco entrado en años, y cruzando la vega
tomaron el camino de Teresa.
-¿Llevas el pase, Hamet?—preguntó aquel.
—Llevo los dos, Estrella,—le contestó el anciano;—el del cuartel-maestre que te ha dado el alférez, y el que te dio Ismael. Cuando lleguemos a Teresa, que es el último punto que ocupan los soldados de la cruz, presentaremos el primero; después, para subir á la montaña, nos servirá el segundo, firmado por Narvaez.

—Culla, por el Profeta, no pronuncien tus labios ese nombre: si lo supiera Luis Segado....

Al hallarse emboscados entre los matorrales de la sierra, sacó Estrella dos frascos tallados primorosamente y de una forma bella é irreprochable; entonces, con el oscuro líquido que uno de aquellos frascos contenía, se bañó el rostro suavemente y después ambas manos. A poco, ennegreció su piel hasta aparecer negra como la piel de un abisinio, mostrándose Selim en aquella hermosísima morisca, tan bella cuanto infame y depravada.

¿Qué noticias me traes, mi querido Selim?—le preguntó Narvaez luego que Estrella estuvo á su presencia, pues que el mismo Narvaez era el bravo caudillo á quien se conocía por el morisco nombre de Ismael.

—Fuenstas, mi buen príncipe;—le contestó Selim.—Mañana el enemigo caerá sobre Cofrentes como el rayo.

—¿Qué dices, buen Selim? ¿Estás seguro de ello?

—Así Allah te proteja, amado Emir.

—De modo,—murmuró Ismael como si hablara para sí sobradamente ensimismado,—que la concentración de las milicias que operó el enemigo esta mañana hacia el poblado de Milares....

—Es un amago falso, no lo dudes,—le interrumpió Selim.

—¡Por Allah Santo y el Profeta!,—exclamó el príncipe
exaltado,—que si ocupa á Cofrentes el cristiano tendría que abandonar la Muela de Bicorp, y ese Turígi miserable me haría decapitar, que buenas ganas se le pasan de aprovechase de un pretexto. Pero, por Alah juro, siete, setenta y setecientas veces, que los soldados de la Cruz no pisarán el suelo de Cofrentes, y nuestro indigno rey, apesar de su odio á mi persona, se ha de ver obligado á darme gracias.

—Y tú le heredarás, emir; yo te lo juro por Alah.

—¿Qué dices?—preguntó Ismael.

—Me lo ha dicho el Profeta en mis ensueños, y estos nunca me engañan.

Miró el caudillo al negro con su mirada mas profunda.

—Vengo observando, buen Selim,—le dijo,—que existe en tí un misterio incomprendible. Miserable esclavo de Tumbuctu, sin ninguna instrucción, sin experiencia, todo lo sabes, lo adivinas todo. Dos años hace que te trato, que vives junto á mí y aun no he podido comprenderte. ¿Se inspira tu conducta, hija del genio mas profundo, penetrante y sagaz, en Eblis ó en Alah?

—En mi ardiente adhesión, en mi respeto y en mi ferviente amor por tu persona,—le contestó Selim mirando con codicia al jóven árabe,—Tú eres, oh emir, valiente y bravo caballero, defensor del Korán, creyente y buen musulmán: en ti contemplo, por mi vida, la descendencia del Profeta. ¿No quieres que te ame?

Dos años de adhesión eran bastante para que se borrasen las sospechas que el talento del negro misterioso despertó algunas veces en su amo. A no dudar,—pensó Ismael,—el ferviente Selim es un espíritu entusiasta, ardiente en su manera de sentir la fe en la sacrosanta religion, y la dulce amistad á mi persona que adora con idolatría.

—Selim,—le preguntó,—¿sientes fatiga?
—No, á fé, príncipe mio; pronuncia una palabra y me verás volar con faz risueña y alborozado corazón.
—Llega pues á Cofrentes y preven al hermano de Turigí para que pida fuerzas y se prepare á la defensa. No creo que llegará á atacarle el enemigo; procuraré estorbarlo.
—Tuya será la gloria: reinarás, Ismael,—le dijo el joven negro con el acento de la fé.
—¡Demonio tentador, no desvanezcas mi cabeza!,—dijo el caudillo arrebatadamente.—Márchate, márchate: te espero aquí después.
—Vendré con nuestro rey cuya corona bambolea.
—¿Qué intentas, buen Selim?,—le preguntó Ismael demostrando el asombro en sus miradas.
—Haré que venga á darte gracias; después, tu serás rey.
—¡Por Alah!... márchate, no me trastornes la razón.
El negro se marchó.
Durante aquella noche, con el mayor silencio se corrieron las fuerzas de Ismael por las quebradas de la Muela que bajan hasta el Júcar; y se emboscaron en el monte bajo después de haber interceptado el paso del camino en las inmediaciones de Jalance, al terminar un valle muy profundo.

En lo alto de la Muela dejó un destacamento, y para demostrar que estaban íntegras sus fuerzas en el sitio ocupado de ordinario, dispuso se vistieran las mujeres con las ropas de gala de los moros, haciendo que ostentaran grandes paños que semejaban arcabuces.
Antes de la alborada, nutridos tercios del ejército, de la mejor infantería de Nápoles y Flandes, que estaban preparados en Jalance desde la noche precedente, emprendieron la
marcha hacia Cofrentes en medio de un silencio sepulcrual.

NINGÚN OBSTÁCULO ENCONTRARON LAS MANGAS DE SOLDADOS, QUE EL JÉFES DE VANGUARDIA HIZO MARCHAR PARA EXPLORAR LOS MONTES QUE DOMINABAN EL CAMINO.

TODO MARCHABA BIEN.

EL GRUESO DEL EJÉRCITO CRUZABA LOS DESILADORES EN MEDIO DEL MAYOR SILENCIO Y PROTEGIDO POR LAS SOMBRAS.

DE PRONTO, UNA DESCARGA HORRIBLE SALIDA DE LAS ROCAS QUE DOMINABAN EL CAMINO, Y EL RODAR DE PEÑASCOS QUE APLASTABAN SOLDADOS, CUREÑAS Y CABALLOS, UNIÓSE CON ESPANTO PAVOROSO A LOS TERribLES GRITOS DE LOS MOROS, QUE LLenos DE FUROR SALVAJE, INDdSCRIPTIBLE, HACIAN CORO A LOS GRITOS DE AGONÍA DE LOS SOLDADOS DE LOS TERCIOS; LOS CUALES CON PAVOR Y TRATANDO DE HUIR DE AQUELLA ATROZ MATANZA, SE ATROPPELLABAN EN TROPOL MEZCLADOS Á LAS MULAS Y CABALLOS QUE EN SU TERRIBLE PÁNICO IMPEDIAN Á LOS JÉFES PROVEER Á UNA DEFENsa SALVADORA.

EN TANTO AMANECÍA.

UN CUERPO DE MORISCOS SALIDO DE COFRMENTES, MANDADO POR AJUB, EL HERMANO DEL REY, ATACÓ Á LOS CRISTIANOS POR SU FRENTE, NO DÁNDoles LUGAR Á QUE PUDIERAN REPONERSE.

POR SU PARTE, ISMAEL, DESTRUZABA SUS FÍLAS DESDE SUS POSICIONES DE LOS MONTES, Y AUNQUE PRETENDIÓ AJUB QUE LOS CERRARA EL PASO CARGÁDOLos POR RETAGUARDIA, AQUEL QUE CONOCÍA EL VALOR DE LOS CRISTIANOS Y APRECIABA EL PELIGRO DE ENCERRAR Á SOLDADOS VALEROSOS EN UNA SITUACION DESesperADA, QUEDóSE SATISFECHO CON SEMBRAR DE CADÁVERES EL CAMPO Y CLAVAR LOS CAÑONES, QUE, DESPROVISTOS DE CUREÑAS, HIZO LANZAR AL LECHO DEL RIO JÚCAR.

EL GOLPE ÚLTIMO PARA LAS FUERZAS DE S. M. Y EL MAESTRE DE CAMPO GENERAL PIDIÓ REFUERZOS CON URGENCIA, POR LO CUAL EL VIREY DECRETÓ UN ARMAMENTO GENERAL EN TODO EL REINO VALENCIANO.
Una de las medidas más notables que se tomaron por aquel, —mengua causa el decirlo,— fue pregonar la vida de Turgi poniendo á su cabeza un precio enorme. Nos limitamos á citar el hecho. Dejamos al lector los comentarios.
CAPITULO XVII.

De como la traición manchó de nuevo el alma de Estrella de Archivel.

Breves días trascurrieron.
Una mañana, al apuntar el día, discurría por la Muela de Bicorp una pequeña cabalgata compuesta de mudéjares de Cieza, (1) á juzgar por sus armas y por los pintorescos trajes que vestían.

Aquella brava gente formaba parte de la guardia que custodiaba al rey de los rebeldes moros valencianos.

Igualmente vestido que los soldados de su guardia, marchaba al frente de ellos aquel rey, con el semblante entristecido en el que se mostraba la preocupación.

---

(1) Habitantes del Valle de Ricote, célebres por su valor y por la exaltación de su fé musulmica.
Algunos pasos por delante marchaba la morisca Estrella, rigiendo un bravo potro con su pequeña y modelada mano, y afectando las gracias de un mancebo con su blando color y su hermoso cabello ensortijado.

De vez en cuando, la morisca, lanzaba dos centellas de sus ojos sobre el camino agreste que seguían.

Detuvo su caballo el rey Turigí, y alzando la cabeza preguntóle:

—¿Dime mancebo, qué camino es este?

—Señor, —dijo la joven parando su caballo y cruzando los brazos sobre el pecho en humildísima zálema;—te hago seguir la senda que ofrece más seguridad por estos montes. No tardaremos en llegar a la masada (I) de un morisco, temeroso de Alah, en la cual, tu vasallo, el caudillo Ismael, besará tu real mano con la reserva que deseas.

—Parécese, mancebo, que nos aproximamos mucho a los aborrecidos nazarenos. Sino estoy engañado he escuchado el relincho de un caballo.

—No temas, rey Turigí, —le dijo la morisca.

—Sella ese labio impío, —le replicó Turigí altivamente, —solo un menguado como tú, puede abrigar de mi tan ruin sospecha. Perdono tu osadía porque, en tu inexperiencia, ignoras que se ofende a un soberano imaginando en él una flaqueza indigna de un muslin.

Bajó Estrella la frente ante los fulgurantes ojos de Turigí, pero escapó fugaz de sus pupilas una mirada extraña que pasó inadvertida para el rey.

Sin hablar mas, Turigí, espolgó su caballo y siguió su camino tras de Estrella.

(I) En el retiro de Valencia, casa de campo y de labor.
Pocos momentos trascurrieron y se ofreció a sus ojos una gran casa de labor, en cuyo umbral apareció un anciano con una larga barba plateada y el traje de los moros del país.

A pesar de los años brillaba en las pupilas del anciano el fuego de la juventud, pero al aproximarse el rey velaron sus pestañas aquel fuego y corrió presuroso a tener el estribor á su monarca.

—¿Quién hay en tu masada?—le preguntó Turígi después de penetrar en un gran patio que precedía á la casa del anciano.

—Nadie, señor,—le dijo este.

—¿Y el caudillo Ismael?,—volvióle á preguntar Turígi.

—No tardará en llegar. Mi hijo Muley acaba de venir desde su campo y me ha anunciado su llegada. Se ha adelantado á él.

Bajó Turígi del caballo y penetró en la casa.

Los moriscos mudéjares metieron sus caballos en la cuadra y se quedaron en el patio.

De pronto hendió la atmósfera un silvido que recorrió los montes, repercutiendo al parecer en forma de rumor sordo y extraño.

—¡El caudillo Ismael!,—gritó con voz aguda y penetrante el pretendido joven, saliendo presuroso hasta el gran patio.

Y en efecto, así era; por el camino de la sierra bajaba un fuerte grupo de moriscos, al que precedía un moro, cuyo blanco alquicel y bordada mallotha damasquina, le acreditaban como jefe.

Con aire reposado el rey Turígi, esperaba en la puerta de la casa la llegada del jefe su vasallo, y los soldados de su escolta, en confuso tropel, fueron hasta la puerta del gran patio para ver la bajada por la sierra del jefe victorioso, á
quien las cien trompetas de la fama apellidaban héroe, invicto, y poderoso emir.

Y Estrella la morisca, trasformada en mancebo, mezclada con la escolta de Turígi repetía exclamaciones como estas:
—¡Bien por el jefe victorioso! ¡Qué esbeltez, que arrogancia, que bravura!

Y el rey Turígi frunciendo el ceño al escuchar tales palabras, y los bravos mudéjares de su guardia real, que eran, como valientes, entusiastas, aplaudían al mancebo; y algunos exclamaban con entusiasta entonación:
—¡Cómo baja la cuesta!
—¡No teme despeñarse!
—¡Bravo, bravol!
—¡Valiente!, mas que valiente audaz!
—¡Merece una corona!
—¡Alah, Alah, Akbar! (1)

En tanto que esto sucedía, deslizóse el anciano por la espalda del rey, y llegando a una puerta de la parte interior de la masada, descorrió los cerrojos con cautela y dejó penetrar veinte soldados, hidalgos todos ellos, del tercio viejo de Mejia, armados con espada y pistoletes. El viejo, por su parte, se quitó el alquicel, se desprendió las barbas de la cara y quedó convertido desde luego en un bravo y apuesto capitán de la española infantería.

A la sazón había bajado el grupo de los moros y penetró en el patio velozmente.
—¡Suis y á los moros, compañeros!, —gritó con ronca voz

(1) Introducción religiosa que usan los musulmanes para expresar una grande alegría.
el supuesto Ismael.—¡Santiago, Santiago!,—seguía gritando el caballero, que hidalgo era aquel hombre, cristiano y capitán de los ejércitos de Flandes.

Y a sus excitaciones añadía el caballero sus mandobles; y los soldados de su escolta, que aunque vestidos de moriscos eran de los corazas de Milán, cayeron como el rayo contra aquellos mudéjares, que al verse sorprendidos entraron en tropel en la masada, gritando en árabe: «¡Traición!,» y atropellando al rey que quiso apoderarse de un caballo sin poder conseguirllo, y que con el alfange en su robusta diestra acuchillaba a sus soldados apellidándolos cobardes.

—Sálvate, rey Turigí, sálvate por la espalda de la casa.—le dijo con voz que quedaba el oficial que mandaba la escolta de mudéjares, el cual con sin igual bravura, se defendía de un grupo de soldados cubriendo el cuerpo de su rey.

Turigí vaciló un momento; pero viendo caer á aquel valiente, y á los soldados de su escolta próximos á rendirse, se propuso seguir aquel consejo y penetró en la casa buscando una salida por la espalda de esta; pero en aquel instante el pretendido anciano apareció seguido de los suyos, y avanzando hacia el rey, aun á pesar de su defensa heroica, le desarmaron y prendieron.

No había pasado media hora cuando bajaba de la sierra un cerrado escuadron, en cuyo centro iba el rey moro montado en una mula y con las manos aherrojadas.

Diez ó doce mudéjares, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre, iban tras de su rey trincados fuertemente por los brazos y entre una doble fila de soldados.

Precedía al escuadron un capitan y otro seguía tras él.

Clavó este las espuelas al caballo y uniéndose al primero preguntóle:

—¿Y el mancebo morisco?
—¿No iba con vos, Portocarrero?
—No pardiez, Carbajal. En verdad que me extraña la inexplicable ausencia de ese mozo.
—Sin duda,—le dijo Carbajal,—ha corrido á anunciar que se ha cumplido su traición para que le preparen los es- cudos. ¡Al fin, sangre morisca!
—No pienso como vos,—le replicó Portocarrero.—Yo creo que esa traición obedece á otra causa muy contraria.

—¿Qué causa es la que presumís?
—¿Y qué diablos se yo?; pero, puedo afirmaros, capitán, que ese jóven morisco no es un traidor vulgar y que no es la codicia el móvil que le guía. Ya vereis como acierto. Poco tardaron en llegar á Ayora.
El morisco traidor no pareció aquel día, ni al siguiente, ni nunca; lo que hizo sospechar á todos que recibió el castigo de los suyos.
Y, sin embargo, se engañaban.
Mientras ajusticiaban á Turígi, Estrella recorría los campamentos tratando de ganar partido en favor de Ismael. Al emprender estos trabajos contaba con el triunfo la morisca, porque Turígi, con un inmoderado despotismo, habíase engañado la buena voluntad de sus vasallos, y una gran parte de ellos había puesto los ojos en el jóven, que, modesto y valiente, hizo sentir la humillación á las mejores tropas españolas sin mostrarse engreído después de la victoria que alcanzara; pero se equivocó la enamorada jóven.
El virrey de Valencia, que se hallaba en Ayora, de acuerdo con Mejía hizo dar libertad á los mudéjares que fueron apresados con su rey, asegurándoles, en nombre de S. M., que á los moriscos que se sometieran los sería perdonado su delito. De otro modo,—les dijo,—serán pasados á cuchillo;
y como trascurrieron muchos días sin que se realizaran las promesas que les hizo Turigí, de que secundarían la rebelión cuantos moros poblaban la Península, y que grandes escuadras mahometanas atacarían las naves españolas llevando la victoria por doquier, al contemplar los moros el fracaso decayeron de ánimo, y en un principio parcialmente y después en bandadas, se presentaban en los pueblos resultando disuelto aquel ejército después de quince días, y haciendo respirar á los cristianos que con razón temieron que aquella horrible guerra religiosa tuviera un término fatal y desastrosa.

No sucedió lo mismo entre las fuerzas de Ismael. Sus parciales le amaban y á todos inspiraba confianza. Preciso fué que el joven les obligara á presentarse para salvar á sus familias de una suerte cruel. Consintió solo á algunos que se sacrificaran por su fés y por su idolatrada libertad; sin la cual,—les decía,—la vida es una carga insostensible.

Su plan era atrevido y tan audaz como las circunstancias exigían. Cortar de sierra en sierra de uno al otro confín de la Península, para excitárselas á los moriscos de Castilla, Murcia, Aragón y las Andalucías; vivir sobre el país causando á los soldados con marchas, contramarchas y giros mil por la espesura de la sierras, subdivididos en guerrillas, y acabar por triunfar ó perecer honrosamente cumpliendo como buenos: tal era el plan que se propuso el animoso joven, y para resolverse á ejecutarlo tuvo que resistir los ruegos, los consejos, las mas juiciosas reflexiones y el constante luchar de un ser que le sacrificaba su existencia, y á quien amaba verdaderamente por su firme lealtad y su cariño, con que en cién ocasiones le había sacado indemne de verdaderos compromisos. Tal era el joven negro que se empeñaba en apartarla de aquella empresa temeraria.
—Has ido mas allá de tus deberes,—le dijo un dia Selim;—Alah no quiere que venzamos. Escrito está, Ismael, por la mano del Angel del destino. Presentate al cristiano con la noble altivez de los valientes; vencido, pero no humillado. Pasemos pues á la africana tierra y en aquellos ardientes arenales alza el santo pendón de los muslines, que seguirán tus árabes, para volver á España las armas de los hijos de Mahoma. ¿Qué vas á hacer aquí?, morir oscuramente; sacrificar mil héroes, legítima esperanza del Koran. Alah te ordena que tu guardes para salvar su causa. Presentate, Ismael, yo te acompañare...

—No, buen Selim,—le interrumpió Ismael con un acento decidido;—si está escrito que mueran, cumplase mi destino. Yo no he de abandonar la santa causa que defendo con fe. Además, buen Selim, hay en España una mujer que no he de abandonar, así supiera perecer cien veces.

—¿Hablas por Zara, emir?—le preguntó Selim disimulando su despecho.

—Por Zara, sí, Selim; por esa huri que adoro con la loca pasion del desvario; por ese Angel de Alah....

—¡Angel caído que revuelve sus alas en el cieno,—le contestó Selim con una odiosa entonacion.

—¡Calla, por el Profeta!—interrumpió Ismael;—si otro que tú me dirigiera esas palabras....¡; pero, no abusés por tu bien.

No hablaron mas el árabe y el negro.

Resolviose Selim á arrostrar los peligros de la guerra, que amenazaba ser desesperada.

En el siguiente dia atacaron un puesto de cristianos que se oponia á su paso, el cual se dirigia á Aragon por la Muela del Oro.

Empezó la pelea y vióse el jóven Ismael abandonado de
los suyos, quedando prisionero á su pesar, pues procuró morir arriesgando su vida heroicamente, acompañado de su fiel Selim.

Su suerte no era, pues, dudosa. Le esperaba la horca.
CAPITULO XVII.

De la visita que la morisca Estrella hizo á Narcacez en su prision, y de lo que resultó de tal visita.

Luís de Narvaez, bajo el árabe nombre de Ismael, se encontraba encerrado en el macizo torreon de un antiguo castillo señorial, enclavado en la antigua baronia de Córtex.

Una noche, mientras daban las doce en el reloj de la cercana villa, una elegante dama con el rostro cubierto con un velo, aparecióse al centinela que estaba de facción junto á la puerta de la torre. Después de hablar con este un breve rato,

—Tomad,—le dijo,—depositando en su callosa mano un dorado doblon;—cuando concluya mi entrevista,—prosiguió,
—os doblará la dádiva si no insistís en conocerme, pues mi reputación está comprometida y no quiero agravarla. ¡Peligra á Dios que jamás conociera yo á ese moro!

—Entrad, señora mía,—dijo el soldado con melosa voz; y cuando entró la dama, murmuró:—¡Vaya un garbo; qué moza! Diera de buena voluntad mi soldada de un año y empeñara mi espada y mi coraza en manos de un judío, por llamarme Ismael y por hallarme prisionero, con tal de recibir una visita como la que recibe ese bandido.

Cerró la puerta el centinela, empuñó el arcabuz que había dejado en un rincon, y empezó a pasear murmurando palabras ininteligibles con iracunda voz y con el rostro avinagrado.

De vez en cuando se paraba, aplicaba el oído á la cerrada puerta y murmuraba con despecho:

—¿Que un soldado de Flandes, del tercio viejo de Mejía, tenga que hacer estos papeles! Y todo por los pícaros ducados, que los dudos se llevan como el humo.

Digamos, al dar comienzo á este capítulo, que cuando entró la dama en la prision era las doce de la noche.

Una gran lámpara de hierro que pendía de un pesente, alumbraba una estampa del venerado San Vicente, en el acto preciso de dar vida al cadáver de una joven merced á su palabra milagrosa.

Tal era pues la única y agonizante luz que iluminaba la prision, por lo cual el morisco no pudo conocer á la mujer que entraba en aquel antro en que se respiraba un aire nauseabundo y saturado de humedad.

—¿Quién sois?, ¿qué me queréis?—le preguntó Ismael sin dejar el jergón en que se sentado se encontraba.

—Soy... vuestra salvación,—le contestó la dama con un acento conmovido y acercándose al joven que se alzó del jerg-
gon con extrañeza.—Dáos prisa á levantaros,—continuó,—y no perdamos tiempo, que los momentos son la vida.
—No os conozco, señora,—le contestó Ismael,—y no sé qué interés pueda moveros."
—¿Qué os importa si os salvo,—le interrumpió la dama.
—Estoy cansado de la vida,—contestó la Narvaez.—y prefiero morir á que os comprometais, señora; sobre todo, siendo desconocida para mí.
—Yo soy adoradora del Koran aunque me tienen por cristiana,—le replicó la dama; —me mueve, pues, la fe; y como gozo de influencia entre los nazarenos, pretendo aprovecharme de ella á fin de que obtengáis la libertad. Sois un príncipe bravo, un servidor de Alah y del sagrado libro del Profeta; mucho esperan de vos los desdichados hijos de Ismael.
—Gracias os doy, señora, pero no acepto vuestro auxilio,—la contestó el morisco con un acento firme y decidido.
—¡Desdichado!,—exclamó la tapada con dolorosa entonación.
—¡Esa voz!...—articuló Ismael.
—¿Qué halláis en ella que os extrañe,—le preguntó la dama.
—Antes la habeis fingido, como en este momento la fingis, pero esa exclamación que á vuestros labios se ha escapado, me recuerda...si, no tengo duda alguna; me recuerda á una joven...—
—Que te ama con locura,—respondióle la dama con emoción profunda, levantándose el velo y cogiendo la mano de Ismael; —que te ama, sí,—siguió,—con un amor profundo, inextinguible.
—¡Estrella!,—exclamó el joven árabe con el acento más glacial.
—Estrella, sí, que piensa en ti sin tregua ni descanso.

—No esperes obligarme,—la contestó el morisco;—tendrás mi estimación, mi gratitud, mi vida si la quieres, pues te la entregó sin quejarme; pero... no puedo amarte; mi corazón no es mio; lo tiene otra mujer.

—Tú, tan honrado, no puedes estimar á una mujer perdida; mucho menos amarla.

—¡Estrella...!,—esclamó el joven con enojo.

—Sabes que digo la verdad. Zara es la barragana de un noble padre de familia, y ha matado la dicha y la tranquilidad de Doña Juana y de sus hijos. Esto lo sabes bien.

—Pues bien, sí, lo confieso; y por lo tanto, Estrella, ya que en cruentos combates en qué busques la muerte con codicia, me ha respetado el plomo y el acero, abandonó mi vida á la pesada mano del verdugo. Quiero morir y moriré,—Concluyó el joven con firmeza.

—No lo conseguiras; te obligaré á que vivas;—le dijo la morisca compitiendo en firmeza con Narvaz.

—Veamos el medio que emplearás,—le dijo con desdén el joven.

—¿Amas á Luis Sagado?,—preguntó la morisca.

—Por mi fe, que le amo,—le contestó Ismael;—siempre fue bueno para mí ese honrado y cumplido caballero.

—¿Qué harías si le considerarás en peligro?

—Sabría sacrificarme por salvar su vida. Pero ¿a qué esa pregunta?
—Segado está en peligro de deshonra y tú puedes salvarlo.
—¿Qué dices, desdichada? Habla por el Profeta.
—El alferez Segado creé que yo soy tu hermana....
En el semblante de Ismael, poco antes alterado y lleno de ansiedad, se retrató la calma y el desdén.
—Tú tratas de engañarme,—dijo;—Sabe el alferez,—continuó,—que yo no tengo hermano alguno.
—Tienes razón,—le contestó la joven sonriendo;—para el valiente alferez, Luis de Narvaez no tiene hermanos ni familia; pero Ismael, el caudillo morisco desconocido en esta tierra, tiene una bella hermana de quien está prendado como un loco. Zoraída la morisca, le ha interesado en tu favor, y como da la guardia aquí, para servir a esa mujer lo tiene todo preparado para que dentro de una hora te fugues con Selim, que bajo esa ventana te aguardará con dos caballos, el bolsillo repleto de doblones y un vestido de hidalgo para ti. Toma esta lima,—continuó;—corta los hierros de esa reja, asegura esta escalera, y cuando escuches la señal que te hará el buen Selim, baja por ella y fugarte. Selim tiene instrucciones.
—No lo haré, por mi fe; el alferez Segado nada habrá de arriesgar quedándome en la torre.
—Te engañas, Ismael,—contestó la morisca con una calma aterradora.—No he de sobrevivirte; aquí me encontrarán contigo, cuando al salir el sol vengan por ti para llevarte entre cadenas á la plaza de Cortés en donde te han de ahorrar: lo diré todo y moriré contigo. El alferez Segado será lanzado de los tercios y llevado á galeras, pues su delito de traición lleva consigo el desafuero. Ahora, decidete.
—Me has convencido,—le contestó Ismael,—pero te advierto Estrella, que no me obligo á nada.
—Salva tu vida; yo sabré esperar.
—Nada esperes, Estrella; ni te ofrezco siquiera el tratar de vencerme para amarte.
—¡Ah, qué desgraciada soy! —exclamó la morisca con dolor arrancando á su pecho un gemido angustioso,—pero en fin,—continuó,—salva tu vida, que si el destino me tortura el alma maldeciré mi suerte, pero jamás habré de arrepentirmte. ¡Que Alah te guarde!
Y concluyó con un suspiro.
—¿Hasta cuando? —le preguntó Ismael un tanto conmovido ante aquella amargura de la joven.
—¿Qué se yo? Quizas en Cartagena nos veremos.
Salía de la prision Estrella cubriendo su semblante con el velo.
Pasó una hora.
El prisionero tenía cortado un hierro de la reja. Podía pasar su cuerpo por un claro que logró establecer.
Escuchó una señal, y arrojando la escala la aseguró en la reja y se lanzó al espacio.
A poco tocó en tierra y los brazos del negro le recibieron y estrecharon con amor infinito.
—¡Mi buen Selimi! —exclamó el joven árabe con la emoción que siente un pecho generoso al estrechar á un ser querido.
Palpitó fuertemente el corazón del negro y una viva emoción selló sus labios.
Por fin, pudo excluir:
—¡Salvado!
—¡Bendigamos á Alah!
Hubo un momento de silencio en que los corazones de ambos jóvenes, al palpitar unidos se adivinaban mutuamente. Después vistieron trajes de cristianos.
El de Ismael era un traje de hidalgo, sencillo y elegante, que le sentaba á maravilla.
El de Selim, el de un lacayo de libreza de casa noble, rica y principal.
Atravesando campos y montañas y esquivando los pueblos, cruzaron la provincia de Alicante y después la de Murcia, hasta llegar á Cartagena, donde se proponían fletar un buque para marchar con dirección al Africa.
CAPITULO XIX

Del encuentro que un antiguo conocido nuestro tuvo en una posada de Pacheco con un ex-noble genovés y una beata.

Las nueve de la mañana acababan de sonar en el reloj de sangre que en aquella época existía en la torre de la iglesia parroquial de la villa de Pacheco.

En la cocina del único mesón de la villa y junto a una mesa un tanto mugrienta, coja y desvencijada, que a penas levantaría tres palmos desde el suelo, almorzaban, bebían y conversaban en voz baja, un soldado moreno, aguileño, huesudo y no muy bien parado en su manera de vestir, y un jóven que vestía decentemente y que á causa de llevar en el
cinto un espadín, podía tomarse por hidalgo, aunque a decir verdad no era éste un signo fijo de nobleza, sobre todo, tratándose de un hombre que viajaba.

La causa de conversar en voz baja ambos viajeros, consistía en su curiosidad por escuchar la bulliciosa plática que sostenían dos hombres que se sentaban cerca de ellos, junto a otra mesa algo mayor, en la que figuraban dos relucientes vasos que parecían de plata, aunque a decir verdad eran de estano, y un gargafón de vino que por su limpio color de brillante topacio, podía tomársele por el más rico de los vinos que solían cosecharse en el ya renombrado Plan de Cartagena.

Estos dos hombres eran bien diferentes entre sí.

El mas joven de los dos representaba treinta años. Su estatura, mas bien que alta, podía llamarse gigantesca: era moreno su semblante y de belleza tan viril y acentuada que llamaba la atención de todo el mundo por hallarse en perfectísima armonía con toda su persona, tan bellosa cuanto distinguída. Vestía el hidalgo ricamente, calzaba botas de gamuza con espinelas doradas, pendía de su cintura lengua y hermosa espada de Toledo guarnecida de plata cincelada, y en ceñidor de seda granadina, bordado con dibujos arabescos, se afianzaba la daga que era un príncipe del arte sevillano.

El que estaba con él era un hombre pequeño, rechoncho y patizambo, que alcanzaba a ocho lustros cuando menos. Si era escasa su talla no lo era ciertamente su volumen. Su rostro mollejudo era harto innoble por sus líneas. En cuanto a sus vestidos eran modestos por demás, de los que usaban los oficiales de los gremios de las ciudades poco pobladas.

El mesonero había dormido en el meson con compañía de su mujer, que en aquellos momentos se hallaba entretenida en el corral hechando migajillas a los pollos. De-
bían marchar á Cartagena antes del medio día, sobre un
manzo jumento que llevaban.

En cuanto al caballero, había llegado poco antes, junto
con el soldado que estaba en la otra mesa, y hallándose
aburrido, mientras piensaban los caballos había invitado al
menestrál á trasegar un garrafón de vino.

Oigámos el diálogo que sostenían los dos, mientras be-
bian del dulce nectar de la vid.

—¿Qué si soy hijo-dalgo?,—preguntó el gigantesco cabal-
lero repantigándose en el banco y demostrando un aire de
grandeza que le sentaba á maravilla.—Tan solo debo contestar-
taros,—continuó,—que fui en mi mocedad soldado de la Guar-
dia; ya sabeis, de la Guardia española de S. M.

—Nada más añadís, —contestóle el rechoncho menes-
tral con el respeto mas profundo,—En esa noble guardia son
todos los soldados hijos-dalgos por los cuatro costados. Os
ruego que me perdoneis por mi ociosa pregunta, que ociosa
es por mi fe, la que pudo escusarse con solo una mirada, ca-
ballero. Lo que quise saber, y os ruego nuevamente que me
perdoneís, es si sois caballero titulado.

—No, pardiez, buen viandante,—contestó el caballero
con un acento desdeñoso;—aunque bien podría serlo por mi
vida, que muchísimos títulos conozco que quisieran tener la
mitad de mi renta y mi nobleza. Estados tengo yo en las
Indias, que no ya marquesados sino grandes ducados podía
ser por su riqueza y extensión.

El rechoncho hombrecillo abrió los ojos cuanto pudo y
miró al caballero con asombro.

—¡Con que vos...., qué digo, vuestra excelente seño-
ría....!

—Mi merced, por ahora,—replicó el caballero sonr-
riendo con su aire protector y pretencioso. La ilustre seño-
ría ya vendrá, que en despachando en Cartagena algunos asuntillos, unas naves que espero de las Indias, irá a la Corte á ver al rey, y entonces, por mi vida, vendrá lo que decís. El caballero suspendió su frase.

—Dice bien su merced,—continuó el hombrecillo con su sonrisa mas amable,—porque cuando hoy se venden en la Corte ejecutorias, hábitos y oficios sin entrar en exámen de si la sangre es noble ó si hay mezcla de moros ó judíos, un caballero como vos, puede solicitar una encomienda y hasta una baronía.

—¿Qué estais diciendo?, ¡voto á brioso!, quizá con un ducado no se contente el hijo de mi padre. Si conocierais vos mi estado ya veriais si pretendo un disparato. Veinte leguas de costa, mas de cuarenta tierra adentro, unos cien mil vasallos...

—¡Ave María Purísima!—exclamó el hombrecillo santi-
guándose. Y diga su merced, ¿puedo saber lo que vuestra merced ha hecho para adquirir una tan pingué bendicion?

—Yo os lo diré de muy buen grado, que jamás he ocultado mis hazañas; pero antes, seor viajero, decid si os place vuestro nombre, vuestro estado y oficio, que siempre me ha gustado conocer á los hombres que yo trato; y podeis escusar el tratamiento, que soy llano y cortés con los que son mis inferiores.

—Con mucho gusto, y rendimiento y humildad, os diré quien yo soy; y gracias mil por vuestra bondadosa, hidal-
ga y singular llaneza. Sabed, pues, caballero, que soy ilustre vástago de una de las setenta y dos familias mas hidalgas y nobles de la ciudad de Génova....

—Pues en verdad que lo disimulais,—le dijo el caballe-
ro con un acento epigramático;—y sin que yó pretenda mor-
tificar vuestra nobleza, cúmplome preguntaros por el motivo de
una tal mudanza, pues vuestro porte, señor mio, no está de acuerdo, por mi vida, con la nobleza que anunciáis: ni aun espada ceñís.

—Ay.... bueno caballero de mi alma, soy harto infeliz con vos mismo juzgaréis. Mi desdichada madre vino al estado de viuda con cuatro hijos pequeños, quedándose arruinada por un pleito; porque habéis de saber, que en Génova y su ilustre Señoría, lo mismo que en España, los benditos curiales son una inmensa turba de vampiros. Con sus dichosas plumas hacen volar la hacienda y sacan del tintero la ruina.

—Seguid, seguid, viajero; me agrada mucho vuestro ingenio.

—Yo era el mayor de mis hermanos y me tocaba trabajar....

—Trabajar un hidalgo, —exclamó el caballero sorprendido.

—Sí señor; me dediqué al comercio.

—¿No temisteis perder vuestra hidalguía?

—Yo os diré, caballero, lo que sucede en mi país. Cuando un hidalgo se arruina y quiere reponer su hacienda por medio del comercio, deposita su noble ejecutoría en el archivo de la Señoría y le dan testimonio del depósito. Mientras trabaja para reconquistar su antiguo estado, descansa su nobleza sin mancharse. Verdad es que durante este periodo el noble suspendido no goza de los privilegios anegados al Estado de hijo-dalgo, pero cuando retorna a recoger sus títulos con las formalidades que fueron legados en depósito, resucita, mas bien dicho, despertar su nobleza, y después del paréntesis en que ni se ha manchado ni perdido, vuelve á gozar de sus valiosos privilegios.

—Ja, ja, ja, — prorrumpió el caballero; y después añadí...
dió:—Por mi vida que hay mucho ingenio en vuestra tierra; pero creo firmemente que no se imitará nunca en España. En ella el noble, noble es, jamás será otra cosa: si es segun-
don, si nace pobre, si pierde su fortuna, váse á la Iglesia ó á la guerra, pero nunca al comercio ni á las artes: esto de-
grada á un noble. Ved lo que me sucede: mi padre se ar-
ruinó; he dicho mal, heredó poca hacienda de los suyos y tuvo muchos hijos que criar, que mantener y que casar. Pues bien, coní la espada de mi padre, me abroquelé en su escudo, y repartiendo tajos y mandobles, primero en Flandes y en Italia, después en las galeras, y por fin en las Indias, ni me ha faltado que comer, ni ricos trajes que vestir, ni va-
liente caballo que montar; y el vino, y las mujeres, y los da-
dos, eran todo el comercio que yo hacía. Comerciante era á medias, no lo niego, pues que siempre compré, jamás vendí.

—Vendisteis vuestra sangre, caballero; la noble sangre que os alienta, y á mas la libertad,—le replicó el ex-no-
ble jenovés.

—Tened la lengua, seor viajero; mi sangre y libertad pertenecen al rey nuestro señor.

—No son todos cual vos,—replicó el hombrecillo humil-
demente, pero tratando de vengarse.—En España los nobles, casi todos, hago excepción de vos, luego que han disipado su fortuna, en vez de trabajar honradamente para reconquistarla, se vuelven....pordioseros, por no decir....

—¿Qué?

—Tramposos.

—No he de tomar á pocho vuestras frases; os...he ofen-
dido con mis risas y quieres desquitarse. Ni podría hacerlo, vi-
ve Dios; ¿cómo medir mi espada con la, vuestra si la te
 deposítada? Cuando la rescateis y quiteis el orín que la tendrá
medio comida, llamadme a vos y acudire. Ahora, decídmelo, ¿prosperáis?
—Me haceis una pregunta que siento habor de con-
turos.
—Yo, no os obligo, señor mío, podeis guardar silencio si así os plazo.
—Y yo he de hacer honor a vuestra fina cortesía.
—Como gustéis señor... ¿Cómo?
—Agustino Tarquino, vuestra humilde criado.
—Gracias os doy, señor Tarquino; podeis seguir cuan-
do gustéis.
—Sabed, soñ caballero, —continuó el Jenovés, —que vi-
no á Cartagena y estableció una tienda de bebidas: mar-
chaban mis negocios á pedir de boca, y al cabo de algún tiem-
po convertí mi taberna en hostería; pero lujosa, bien servida
y surtida de todo lo mejor.
—¿Con qué vivías en Cartagena? —preguntó el caballero
manifestando su extrañeza.
—Sí, señor caballero, entre las dos puertas de Murcia,
en una casa de Pedro de Marquina. ¿Conocéis por ventura á
Cartagena?
—Estuve algunos meses; los primeros de 1601, y me es-
traña, en verdad, no conoceros.
—Me estableció después.
—Continuad, soñ viajero.
—Yo estaba enamorado de una joven, oriunda de In-
glaterra, llamada Libia Prewsival (1). Quedóse huérfa
na esta

(1) Este apellido, que encontramos escrito tal y como lo copiamos
en las crónicas que de aquel tiempo poseemos y en los registros parro-
quiales que hemos consultado, debía ser una corrupción del apellido Per-
seval, común en Inglaterra.
joven y la llevé a mi casa en clase de sirvienta, aunque á decir verdad, desde el principio fué la dueña, pues que lo fue de mi alvedrio. Llegó el verano del año 1605, y con motivo de una gran sequía se hicieron rogativas y vino á predicar el padre Ceba...

—¿El padre Ceba?—preguntó el caballero suspendido.

—El mismo, sí, señor. ¿Conoceis al buen fraile?

—Me recuerda un sermón que pronunció, el cual me impresionó de una manera extraordinaria. Después que le escuché... me sucedieron muchas cosas; mas no es del caso recordar... Pocas seguir, señor monasterial.

—Pues habéis de saber que el padre Ceba era muy conocido de mi padre. Es genovés, hermano del ex-Dux Grinaldo Ceba, y cuando supo el fraile que yo me hallaba en Cartagena, fué á visitarme y se escandalizó cuando supo que estaba amancebado. Se negó á ver á Libia y no salió á casarme. Si, he de deciros la verdad, me negué tenazmente á seguir los consejos del buen padre.

—¿Qué motivos teníais para no dar oídos á una tan razonable excitación?

—Os diré, caballero; había notado en Libia un genio dominante y caprichoso, que solo á beneficio de mi libertad y del temor que ella tenía de que la abandonara en un momento de arrebato, podía tenerla á raya. Por mi parte temía que, siendo mi muger se creciera su genio dominante. Sucumbí sin embargo á los consejos de aquel bondito padre, y me casé con ella, siendo padrinos de la boda dos grandes parroquianos de mi casa: fray Juan Nepomuceno de la Cruz y la ilustre señora Doña Inés de Tallante...

—¿Doña Inés y fray Juan fueron vuestros padrinos?—preguntó el caballero sorprendido.

¿Les conocéis también?
—Si á fé, buen hombre.
—Vos conoceis á todo el mundo.
—Conozco á mucha gente en Cartagena. Pero seguid vuestro relato que me va interesando.

—Se confirmaron mis temores. Empezó mi mujer por descuidar su obligación y por estar rezando luengas horas, pocas veces en casa; casi siempre en iglesias y conventos. En adelante, sus amigas lo fueron las beatas, dueñas viejas las unas, brujas las otras, todas ellas hipócritas, buscadoras y golosas, amigas de las dádivas, enredadoras y bribonas. Mis amonestaciones, en vez de corregirla la irritaban; entonces, llegaron á torcerse mis negocios, y cuando ajusté cuentas hará cosa de un año, me vi casi arruinado. Trató de reponerme y no pude lograrlo: las distracciones y los rezos de mi aturdida esposa me agenaban su ayuda, y su constante mal humor, cuando se hallaba en casa por mi daño, alejaba á la gente gastadora que antes supo atraerme con su trato agradable y cariñoso. Aquel funesto matrimonio fué nuestra perdición.

—¿Qué hicisteis, pues, en tal aprieto?
—Fuí á pedir protección á Doña Inés, y esta buena señora me arrojó de su casa llamándome Juan Lanús, y otros varios dicteros bochornosos. Seguidamente fuí á ver á mi compadre á su convento, y éste, por fin, me tuvo compasión.

¿Qué hizo el fraile por vos?
—Me colocó de cocinero.
—¿En donde?
—En su convento.
—¿Y vuestra esposa, qué se hizo?
—Se fué con una amiga suya, endiablada beata que me hacía dura guerra cuando iba á ver á mi mujer; de quien ca-
da momento que pasaba estaba mas enamorado. Su aire modesto, angelical; su beatitud ascética me tenían embobado como un tonto; hasta que un día me dijo Libia derramando lágrimas:

—Preciso es que nos separemos: los remordimientos que me asaltan por haber vivido tanto tiempo en pecado mortal, no me dejan vivir un solo instante; tu presencia me aterra. Castiguemos la carne, cuya concupiscencia nos hizo tropezar y sumergirnos en el horrendo abismo del pecado. Vive tú en tu cocina, amigo mío, entre aquellos seráficos varones, y deja que me vaya a Murcia. Nuestro santo compadre, que como sabes ha sido trasladado allí, me ha escrito acerca de bloqueo de madres capuchinas. De esta suerte, Tarquino, viviremos en paz y bajo de la santa bendición de Dios. Inútil es que intentes oponerte; estoy resuelto á ello, y sabes que mi voluntad es siempre inquebrantable, amigo mío.

Yo no sabría deciros cual fué mi asombro, y sobre todo mi tormento. Amaba á mi mujer con sin igual locura: solo una vez cada semana solía verla un momento y siempre, estaba allí la infame vieja; pero así y todo, esta satisfacción tan fútil y mezquina, era un mundo de dicha para mí si se compara con su ausencia. No tuve más remedio que ceder y mi mujer marchó. Seis meses han pasado desde entonces, que han sido para mí otras tantas centurias de agonía. No pude resistir y me fui a verla. Fray Juan Nepomuceno de la Cruz, confesor de las madres capuchinas, se empeñó en convencerme de que mi hermosa Libia era allí muy feliz, y que su gran paciencia y humildad servían de ejemplo en el convento. Ya veis, señor, cuando era humilde y bondadosa querían privarme de ella: ¡Era bien desdichado!

—Pues yo juro, á fé mía,—le dijo el caballero con acecho incisivo y picarezco,—que no sois acreedor a tal desdicha: vos tan bueno, tan manso....
—Estais en un error, mi mansedumbre tuvo término; me rebelé y la traje.
—¿A quien trajisteis, pues?
—A mi mujer; y ahora la llevo á Cartagena.
—¡Ah!, la ateneis aquí? —preguntó el caballero sorprendido.
—Si, pardiez, ¿queréis verla?
—Como gustéis—contestó aquel.
—Quiero probar si estoy en un error al pensar que mi esposa es la mujer más bella de esta tierra.
—Veamos, maese Tarquino,—le dijo el caballero disimulando su afán.—Traed á vuestra mujer que yo os prometo por mi vida, deciros la verdad con mi ruda franqueza de soldado.

Salió Tarquino al patio y á poco volvió á entrar seguido de una joven que intentaba ocultarse con su esposo.

La esposa del rechoncho genovés á la sazon contaba treinta años, pero á decir verdad, aparentaba á penas veinti cuatro. Era dulce y sumisa á juzgar por su rostro, de una inocencia angelical. Blanca como el marfil tintado dulcemente de carmine color; de labios rojos é incitantes, cual la flor entreabierta del granado; con el cabello blando y abundante; con los ojos celestes como el cielo; de un talle tan gentil como la palma y de una lenguidez fascinadora: con tan raros hechizos daba aquella mujer encanto á la alma á la vez que acicates al deseo. Sus tocas de beata realizaban el misterio peregrino con que encubrían sus formas pronunciadas y de contornos enloquecedores.

En el momento de su aparición, el gigantesco hidalgo le lanzó una mirada incandecente; y enderezó su talle cual si fuera impelido por un resorte activo y poderoso.

Envuelta Libia en aquella mirada fascinante, bajó sus
bellos ojos cual si fuera una virgen, y abundante carmín coloró sus mejillas hechiceras.

Entre tanto Tarquino se estregaba las manos, y en su satisfacción al notar la sorpresa del hidalgo, no pudo menos de excluir:

¿No os lo dije, pardiez? Decidme, ¿que os parece?
—Querríome Tarquino,—le replicó el hidalgo,—porque no me habéis dicho la verdad.
—¿Qué decís, caballero?—preguntó el genovés desconcertado.
—Me hablásteis de belleza y habéis dicho bien poco, por mi vida. Habeis querido sorprenderme y lo habéis conseguido. Teneis un ángel por mujer y por mí sois la envidia.
—Caballero,—dijo Libia encendida de rubor,—vuestras palabras me sorprenden: una mujer casada nunca debe escuchar ese lenguaje, si galante, ofensivo.
—Señora mía, no debeis ofenderos mis palabras: es la verdad hija de Dios y como tal debeis amarla.
La joven se sentó.
—Me ofrecisteis contarme,—dijo maese Tarquino,—las faenas que hicisteis en las Indias para ganar la hacienda que tenéis; pues has de saber, Libia,—prosiguió,—que este señor hidalgo es casi un príncipe indiano, que ha conquistado una provincia entera con el valiente esfuerzo de su brazo.
—Yo soy algo curiosa, caballero,—dijo la bella Libia dulcemente,—y quisiera escucharos, pues que no tengo duda que un hidalgo cristiano como vos, sabe esponer su vida noblemente en prós de nuestra santa religion. No obstante mi curiosidad, podeis obrar como gustéis, que soy muy poca cosa ciertamente para tal caballero como sois, y no he de querellarme por que dejéis de alimentar una curiosidad culpable, digna tan solo de una pecadora.
—Señora mía,—le contestó el hidalgo con viveza,—vos sois una mujer tan santa como hermosa y no ha de ser, pardiez, el hijo de mi padre el que se niegue á complaceros. Escuchad mi relato,—prosiguió,—y observaréis por él, que en ciertas ocasiones la desesperación hace milagros, pues desde el sufrimiento y la amargura eleva al hombre al cielo de la dicha, en la cual ni aun soñará...

—Decid, decid, señor,—le interrumpió Tarquino,—que quizá me aproveche vuestro ejemplo.

—Una vez en Valencia,—prosiguió el caballero,—maté á dos hombres en un lance....

—¡Ave María Purísima!—exclamó Libia Presival.

—¡ Jesús María y José!,—le hizo coro Tarquino, y añadió,—os prevengo, señor, que no puedo seguirlos por esa senda peligrosa. Ese ejemplo no cuadra á mi persona; si fueran pavos ó faisanes....

—¿Quién os manda seguirmos,?—le dijo el caballero sonriendo.—Continuad por el vuestro y seréis siempre un pobre hombre. Bartolomé de Yeste os lo asegura. Como os decía,—siguió,—maté á dos hombres: á un varón y á un hidalgo....

—¡Ya escampa!,—le interrumpió Tarquino.

—Déjale continuar,—le dijo Libia.

—Era mi situación bien apretada,—continuó el caballero;—todo por una pícara mujer: y por cierto era bella la bribona.

—Apuesto, señor hidalgo, qué no valdría lo que mi Libia vale.

—Bien podeís apostar,—le dijo Yeste mirando á la beatía.—Si fuera tal que esta señora....

—¿Qué hiciérais pues?—preguntóle Tarquino sonriendo.

—No dejaría con vida á un valenciano. Mas perdonad, señora mía, bueno es que hagamos algo por la vida ya que de muerte hablamos.
Y llamando al criado hizo servir á Libia una empanada
y un vaso de esquisito malvasía, que bebió la beata con frui-
ción.

En el capítulo siguiente seguirán los lectores escuchan-
do al antiguo soldado arcabucero.